

## PESTICIDAS, PERICOS Y SINDICATOS EN LA INDUSTRIA BANANERA COSTARRICENSE, 1938 - 1962\*

*Steve Marquart\*\**

En 1942 un grupo de “trabajadores organizados” de las plantaciones bananeras de la United Fruit Company en Costa Rica le escribieron al en ese momento Presidente de la República y médico, doctor Rafael Ángel Calderón Guardia. Le pedían que interviniera en la “situación angustiosa” soportada por aquellos que trabajaban

“en la irrigación del veneno spray, destinado a curar o preservar a los bananales de la enfermedad denominada sigatoka.... Nosotros, los trabajadores del Spray [sic] basados en la experiencia amarga de nuestro trabajo, decimos a usted que en nosotros es corriente el dolor de cabeza, tos de la noche y mal de ojos, es decir, padecemos de la vista, del cerebro, y de los pulmones, estamos muy propensos a la tuberculosis.”<sup>1</sup>

El trabajo de aplicar pesticidas era bastante nuevo en la agricultura centroamericana de 1942. El programa de atomización de la United Fruit había empezado solo cuatro años antes como una medida de emergencia ante

---

\*\* Doctor en Historia, Universidad de Washington.

la rápida dispersión de una epidemia causada por un hongo. Es probable que esta fuera la causa de la aplicación pionera de químicos biocidas en las cosechas del istmo.<sup>2</sup> Sin embargo, para cuando los trabajadores plantearon su súplica, la atomización manual para el control de la sigatoka se había convertido en rutina a lo largo de la industria bananera de América Central y continuó siéndolo por más de dos décadas. Como la petición deja claro, el programa era peligrosamente intensivo en mano de obra.

Mucho después de su sustitución por tecnologías más modernas, el programa de control manual de la sigatoka de la United Fruit siguió siendo, de acuerdo a uno de los principales fitopatologistas, “el proyecto más grande de atomización jamás llevado a cabo en el mundo”.<sup>3</sup> Tomando en consideración la enorme escala y lo temprano de su inicio, es sorprendente que el programa haya recibido tan poca atención en el creciente corpus de estudios ambientales sobre el precio ecológico y los “costos humanos” de los pesticidas en Mesoamérica.<sup>4</sup> La petición enviada por los trabajadores al Presidente expone otra laguna en muchos estudios sobre pesticidas. A menudo se les ha adjudicado capacidad de intervenir únicamente a los finqueros, agrónomos, o agroindustriales, retratando a los trabajadores asalariados como inevitables y pasivas víctimas, no muy diferentes a las aves y las truchas del clásico estudio de Rachel Carson, *Primavera Silenciosa*. Este artículo se nutre de varias fuentes acerca de las operaciones en el Pacífico costarricense de la United Fruit (tiene sin embargo, referencias frecuentes a otras regiones del altamente estandarizado imperio de la compañía) para así poder examinar a los obreros y a los sindicatos como agentes activos del programa para el control de la sigatoka quienes lograron incidir sobre su evolución de manera importante. De esta manera, espero mover las luchas de esos obreros agroindustriales más al centro de las cuestiones ambientales y, a la vez, explorar la conciencia de los obreros mismos acerca del crónico y acumulativo precio de su trabajo.

El examen de este programa también puede contribuir de manera significativa a la historiografía de América Central, la cual permanece en gran medida desvinculada de la literatura ambientalista. Los historiadores de la región hace tiempo que han reconocido el papel político, social y económico trascendente que han desempeñado las multinacionales fruteras de capital norteamericano en Centroamérica, especialmente la United Fruit Company, un productor cuasi monopólico hasta finales del decenio de 1950.<sup>5</sup> La compañía y su fuerza de trabajo han sido centro de atención de la historia laboral de la región ya que los trabajadores de la United Fruit Company han liderado las mayores luchas populares del istmo. En Costa Rica, los trabajadores bananeros organizados propiciaron en 1934 la huelga más famosa en la historia de la República, proveyeron de apoyo vital a los gobiernos populistas de la década de 1940, pelearon como milicias en la guerra civil de 1948, representaron para los regímenes posteriores a 1948 su principal problema laboral, y permanecieron como el más fuerte apoyo de la izquierda a lo largo de la década de 1980.<sup>6</sup> Aunque la historia laboral de Costa Rica le ha prestado poca atención al contexto ecológico de la industria bananera, yo argumento aquí que la ambigua relación entre los trabajadores del control de la sigatoka y los sindicatos bananeros, así como los problemas y las oportunidades creados por los programas de pesticidas, fueron factores trascendentes en el carácter, la capacidad y la trayectoria de este importante movimiento. Por tanto la historia laboral de la United Fruit y sus cambiantes prácticas con respecto a los pesticidas solo pueden ser comprendidas con referencia el uno del otro, y ambos dependen de las decisiones tomadas por los atomizadores de pesticidas.

### **La United Fruit se enfrenta a la sigatoka**

La “sigatoka” es una enfermedad causada por el hongo *Mycosphaerella musicola* Leach<sup>7</sup>, que se transmite a través del aire. Esta se había mantenido confinada

a los cultivos bananeros en las islas del sur del océano Pacífico. Sin embargo, en 1934 se observó por primera vez en el hemisferio occidental, en Trinidad y un año más tarde apareció en una plantación de la UFCo en Honduras. Pronto, más tarde, explotó la epidemia, extendiéndose por Honduras, Belice, México, Jamaica, llegó hasta las Antillas Menores en 1936 e invadió la mayor parte del Caribe y América Central para fines del año siguiente. La recién abierta división de la Compañía en el Pacífico de Costa Rica, en la zona de Golfito y Quepos, fue infestada casi tan pronto como fue plantada. Esta enfermedad actúa destruyendo la superficie de la hoja y reduciendo la producción de fruta hasta llegar a suspenderla totalmente. Más insidiosamente aún, desde el punto de vista de la compañía, plantas levemente infectadas, producían fruta en apariencia normal, que maduraban de manera prematura durante el embarque o adquirirían un cierto sabor y olor repulsivos para cuando llegaban al consumidor.

Los efectos catastróficos de la epidemia, combinados con la impresionante rapidez de su avance, amenazaban al imperio de la United Fruit con lo que un fitopatólogo contemporáneo llamaba “la mayor crisis de su historia”.<sup>8</sup> Esta afirmación es asombrosa, tanto más porque se hacía en medio de la lucha contra el mal de Panamá que la compañía llevaba cincuenta años combatiendo. El mal de Panamá es una enfermedad provocada por un hongo terrestre cuyos destrozos habían justificado las constantes migraciones de las operaciones de la United, como el caso del traslado del atlántico al pacífico de Costa Rica. El mal de Panamá había estimulado la racionalidad productiva y había auspiciado una elaborada división de labores que involucraba un siempre creciente ejército de técnicos y agrónomos en sus operaciones diarias. Este cuerpo técnico se probaría indispensable en el combate contra la nueva epidemia.<sup>9</sup>

Al igual que el mal de Panamá, la sigatoka era menos un desastre natural y más bien un resultado de la escala industrial de la agricultura globalizada. La ruta que

siguió *Mycosphaerella* para llegar al continente americano sigue siendo materia de debate y conjetura, pero lo que sí se tiene claro es que las plantaciones bananeras del istmo eran susceptibles tanto por su naturaleza como por el diseño de sembradío para su rápida propagación. Hongos transmitidos por el aire y otros que se propagan en el suelo habían prosperado en los bosques de las tierras bajas centroamericanas mucho antes de la llegada de la industria bananera. Las condiciones climáticas que los habían nutrido se mantuvieron después de que los árboles fueron cortados y sustituidos por plantas de banano. Lo que cambió fue el paisaje; este se convirtió en vastas extensiones de “clones” de banano, de idénticas vulnerabilidades y mucho más susceptibles a daños por un solo agente infeccioso que un complejo sistema boscoso tropical.<sup>10</sup> A mediados de la década de 1930, los cultivos de la United Fruit en el istmo le ofrecían al patógeno casi cincuenta mil hectáreas de plantas aptas para ser hospederas, creciendo en forma masiva, en bloques uniformes de trescientas a seiscientas hectáreas.<sup>11</sup>

Los ya expertos micólogos de la compañía se apresuraron a enfrentar la nueva crisis. Pronto determinaron que sulfato de cobre, un fungicida ampliamente usado podía contraatacar a la sigatoka, pero batallaban con el problema de cómo aplicarlo. Después de que rociar el químico desde aviones fracasó, se resignaron a atomizarlo disuelto en agua de cal, en una especie de sopa conocida como “caldo bordelés”. Para distribuir las enormes cantidades necesarias —250 galones por acre, de veinte a treinta veces al año— la United Fruit creó una infraestructura a escala faraónica. Sus características esenciales eran uniformes en las numerosas divisiones de la compañía, y cambió poco hasta ser sustituida por una tecnología completamente nueva en 1962. En cada plantación, poderosas plantas centrales de bombeo alimentaban un entramado de cuarenta millas de tubería de hierro galvanizado, con dos mil quinientos acoples para las largas mangueras usadas para rociar la solución. Para mantener un itinerario de atomizaciones a lo

largo de todo el año, necesarias para una producción continua, más de un cuarto de la fuerza laboral de la United (de diez a quince mil hombres en cualquier año dado), trabajaban en el control de la sigatoka. Aplicaban el fungicida a cerca de sesenta mil hectáreas, en el apogeo del programa.<sup>12</sup> La compañía dependía por lo tanto en un grado poco confortable para ella de estos trabajadores, para mantener a distancia el desastre agroecológico que representaba la epidemia.

El programa de la sigatoka tuvo implicaciones inmediatas sobre el proceso laboral en la producción bananera de exportación.<sup>13</sup> Indirectamente centralizaba la dirección, ya que excluía a la mayor parte de los pequeños productores independientes, pues su potencial para el control de la enfermedad no era fiable por lo que podía representar una amenaza para la compañía. En todo caso el enorme costo de los sistemas de atomización no estaba al alcance de la gran mayoría de los pequeños productores.<sup>14</sup> Más directamente aún, el trabajo cotidiano de control de la sigatoka trajo el régimen laboral de la industria al campo. La compañía y sus partidarios veían este resultado como un desarrollo positivo para todos los involucrados. La hoja corporativa de noticias de la United Fruit escribía radiante sobre la transformación de miles de “macheteros” en “atomizadores”.<sup>15</sup>

Otro publicista de la compañía afirmaba que los atomizadores orgullosamente se referían a sí mismos como “los químicos”.<sup>16</sup> En la *zona bananera* sin embargo, a los atomizadores no se les llamaba los *químicos* sino *pericos*, en referencia a la indeleble mancha que el caldo bordelés dejaba en la ropa y la piel. El más humilde y burlesco título sugiere que los *bananeros* mismos veían el trabajo de atomizador no como un valiente ascenso al nuevo mundo de la industria y la tecnología sino más bien como una labor humillante para aquellos que estaban en lo más bajo de la jerarquía de la plantación. La naturaleza intrínseca del trabajo —al que un trabajador se refería como “trabajo duro y feo”— explica en mucho este sentido de degradación.<sup>17</sup>

Una máquina, la bomba “Hardie” en la planta principal, determinaba la distribución de las cuadrillas de atomización y su ritmo de trabajo. En una finca típica de catorce a veintidós equipos de atomizadores —*los periqueros*—, trabajaban simultáneamente. Para evitar rupturas en los tubos, o sedimentación de los ingredientes del caldo bordelés por desbalances en la presión, el capataz debía cerciorarse de que los trabajadores estuvieran simétricamente estacionados a ambos lados de la tubería principal de la planta de bombeo. En caso de cualquier baja en el ritmo de un lado el capataz rápidamente ordenaba los cambios para mantener el equilibrio, y con frecuencia despedía a aquellos trabajadores que no respondían con suficiente prontitud.<sup>18</sup> Una vez que la bomba arrancaba, operaba tan inexorablemente como una línea de ensamblaje industrial, y no se detenía hasta el final del día de trabajo. Por esta razón, las pausas para almorzar o descansos de cualquier tipo eran absolutamente prohibidos hasta mediados de la década de 1950, cuando la resistencia de los trabajadores, al menos en algunas de las plantaciones, parece haber forzado a permitir pequeños descansos de un equipo a cada lado de la tubería principal.<sup>19</sup>

El esfuerzo por imitar la precisión y regularidad de una planta industrial no se adaptaba al caos característico de una plantación bananera, y eran los trabajadores quienes pagaban el precio. En el terreno recién plantado tenían que arrastrar la larga manguera de presión, de aproximadamente cien libras de peso, sobre troncos y drenajes que todavía no tenían puentes. En plantaciones más viejas, las plantas de banano por sí mismas creaban confusión ya que los nuevos tallos emergían de manera irregular sin seguir los patrones simétricamente precisos de las plantas madre, producto de los rizomas originales que habían sido plantados. Esto hacía fácil que los atomizadores perdieran la dirección del entramado que debían seguir para una cobertura completa. La mayoría de los atomizadores ataban cuerdas con nudos a distancias precisas para que les sirvieran como guías

en la re-creación de un orden que la regeneración natural de las plantas había borrado por completo.<sup>20</sup> Los trabajadores a menudo se quejaban de que las dificultades impuestas por estas variables en las plantaciones (podía ser en una sola plantación) no eran consideradas en las expectativas que tenía la compañía respecto al área que debían de cubrir a diario.

El control de la sigatoka, a diferencia de la mayoría de los trabajos en la plantación, se pagaba por día en vez de por tarea, probablemente para estimular un trabajo concienzudo en una labor crucial para el control de la enfermedad. Pero al entrar la United Fruit en un período de descenso de las ganancias a mediados de la década de 1950, los administradores aparentemente buscaron reducir los enormes costos laborales del control de la enfermedad imponiendo rígidas cuotas de producción para los trabajadores en forma individual. Los activistas sindicales protestaron repetidamente porque los pericos que no lograban completar un cierto *boquillaje* (número de conexiones de la manguera y por tanto número de hectáreas atomizadas) en un solo día se les descontaba parte del pago o hasta eran despedidos. Una gran cantidad de supervisores (17% de los empleados en atomización) imponían un acelerado ritmo y cobertura perfecta, dirigiéndose a los obreros “con gestos y voz altanera” si en cualquier hoja de banano estaban ausentes las manchas azul verde del caldo.<sup>21</sup> Los atomizadores se quejaban de que los jefes continuamente cambiaban de criterio sobre las técnicas más efectivas de atomización, ya fuera esto por cambios en la comprensión de la sigatoka derivados de la investigación científica del ciclo de vida del hongo o ya fuera por interpretaciones meramente resultantes de la investigación.<sup>22</sup>

### **Los costos humanos del control de la sigatoka**

Era el caldo bordelés en sí mismo lo que hacía el trabajo de control de la sigatoka “feo.” Los pericos pasaban todas las horas de cada día laboral, literalmente,

inmersos en fungicida de cobre. Hasta los últimos años del período del caldo bordelés, los pericos trabajaban en equipos de dos: el *manguerero* llevaba, conectaba y mantenía desenredada la pesada manguera, mientras que el *regador* atomizaba las plantas de banano con una vara y boquilla de un metro de largo. Las plantas de banano crecían hasta una altura de cuarenta pies, y la responsabilidad del regador era cubrir cada hoja por ambos lados, especialmente el lado superior. En la práctica este requerimiento significaba que el regador para dirigir el chorro debía mantener el rostro vuelto hacia arriba hacia la atomización que caía (cubierto a lo máximo por un sombrero de lona), inhalando constantemente el vapor del cobre y parpadeando constantemente para sacarlo de los ojos. A lo largo del día el sulfato de cobre se iba acumulando tanto en la ropa como en las partes expuestas del cuerpo, hasta que se formaba una virulenta costra azul verdoso. Jabón y agua quitaban la mayor parte, pero la mancha persistía tanto en la piel como en la ropa. Las esposas y los miembros de la familia reportaban que aún meses después de haber dejado el trabajo las membranas mucosas de los antiguos pericos permanecían verdosas, y todavía expedían un sudor verdoso.<sup>23</sup>

La repugnancia de los trabajadores hacia el trabajo no era únicamente por razones estéticas. Le temían a los efectos de los ardientes vapores sobre su salud en general, sobre sus ojos, y especialmente sobre sus pulmones. Un periodista en la zona bananera captó la sensación fatalista que acompañaba al trabajo al comparar a los trabajadores con aves cazadas, irónicamente evocando el apodo y su propia jerga para referirse a la boquilla del rociador a la que llamaban escopeta:

“Y hay que ver el gozo de los mandadores, con el mismo gozo con que los cazadores de pájaros. Ya cayó uno. Y esa misma expresión debiera radiografiarse a la Liga Antituberculosa para que espere un próximo inquilino. Ya cayó uno, señores de la liga..... Hay que levantar la vista para ver bien y el veneno se aspira durante todas las horas del día y de todos los días y poco a poco, pero seguramente, los pulmones comienzan a fallar.”<sup>24</sup>

La elevada incidencia de enfermedades respiratorias en la *zona bananera* tenía muchas causas que no tenían nada que ver con la exposición a los químicos, incluyendo la permanente humedad, las casas sobre pobladas, la mala nutrición y la movilidad continua de posibles trasmisores de enfermedades de todo Centroamérica por toda la zona.<sup>25</sup> A pesar de ello, consideraban que una temporada en la cuadrilla de atomizadores era el camino más directo al pabellón de tuberculosos.

No hay una fuente asequible que contenga evidencia de que la compañía tomara en serio los temores de los trabajadores. Antes de la década de 1960 no había ningún estudio médico que relacionara la inhalación de cobre con enfermedades respiratorias. En 1969 sin embargo, los médicos de Portugal, país de amplia producción vinícola, finalmente dieron seria consideración a las quejas de los atomizadores de los viñedos locales (una de las últimas regiones del mundo en donde se continuaba usando la mixtura bordelesa en vez de fungicidas más nuevos). Mediante las autopsias practicadas a muchos de los enfermos diagnosticados de tuberculosis descubrió que realmente estaban libres del bacilo. Sin embargo, los cadáveres tenían los tejidos pulmonares teñidos de azul verdoso del cobre, y cavernosas regiones de desintegración celular, muy parecidas a las producidas en los mineros del carbón por el mal de “pulmón negro”. Lo que llamaban “pulmón de atomizador de viñedo”, era una condición crónica, a menudo fatal. Esta era bastante común entre estos trabajadores aunque su temporada de atomización duraba solo tres meses.<sup>26</sup>

El grado de exposición mayor de los pericos centroamericanos que atomizaban durante todo el año con el fungicida a una presión mucho más elevada sugiere que la probabilidad de desarrollar “pulmón de atomizador” se incrementaba de manera importante. En cualquier año dado, de diez mil a quince mil hombres estaban empleados en el control de la sigatoka. Aproximadamente la mitad eran atomizadores, quienes estaban mucho más expuestos a los vapores de cobre que

los manguereros u operadores de planta. Sin datos sobre la cantidad de tiempo que los trabajadores individuales permanecían en las cuadrillas atomizadoras, es imposible estimar quienes pueden haber contraído la enfermedad. Pero aun considerando que la rotación fuera muy acentuada, los afectados probablemente totalizaban muchos miles. Las distinciones técnicas entre la tuberculosis y el pulmón de atomizador, siendo ambos males sintomáticamente idénticos, habrían sido de poca importancia para los afectados.<sup>27</sup>

El miedo ubicuo a los efectos respiratorios del caldo bordelés propició un tropo perdurable en la literatura y el periodismo en contra de la United Fruit: la imagen del antiguo perico, esquelético y tuberculoso muriendo solo en un tugurio urbano en las afueras de la zona bananera cuando ya la compañía no tenía más empleo para él, era parte de una conciencia más amplia —agudizada por la era del bordelés— acerca del macabro intercambio de hombres por la productividad de las plantas... Quien logró plasmar esta visión de manera más poderosa fue Ramón Amaya Amador en su novela *Prisión verde*. De origen hondureño, el autor fue un activista laboral y perico. En una de las escenas más conmovedoras de la novela, Don Braulio, un viejo regador, “con cara de tuberculoso, pecho hundido y abdomen prominente” le da a su nuevo manguerero Martín una orientación:

“Todas estas fincas están apestadas de sigatoka; sin embargo producen bien. ¡Mire que racimos! ¡Qué hermosura de tallos!... Si nosotros no resolviéramos a vivir como gusanos, la Compañía no prosperaría. Y vea uste como es la vida, entre mas engorda ella, nosotros, somos menos hombres... Cuando veo fincas enfermas, me acuerdo de nosotros, los campeños [los bananeros]; me parece a mí que allí estamos retados en cuerpo entero, porque aquí, compañero, todos estamos enfermos, unos de sigatoka, otros de ‘mata muerta’ [mal de Panamá], paludismo y tisis. Algunos curarán, si se largan a tiempo otros ¡ya solo el hoyo!”<sup>28</sup>

La visión de Amaya de una lúgubre simetría invertida entre la robustez de la cosecha y la demacración de los hombres cuyo trabajo la hacían crecer era

una visión ampliamente compartida. Los trabajadores utilizaban el mismo lenguaje de “enfermedad” y “cura” para describir el estado de las plantaciones y de sus propios cuerpos y expresaban una sensación subyacente de que lo que sanaba a uno enfermaba al otro. Esto y su caracterización de la mixtura bordelesa como “veneno” revela una concepción de la agricultura industrial como un juego de suma cero, en el cual la naturaleza y la tecnología estaban del lado de la industria. Contra estas fuerzas, desafortunadamente, el movimiento sindical de la plantación era un aliado incierto.

### **El conflicto laboral y la periquera**

Un enfoque superficial o mecanicista en el análisis del conflicto laboral podría conducirlo a uno a plantear la hipótesis de que los trabajadores atomizadores serían uno de los sectores más militantes del movimiento sindical en las plantaciones de la United Fruit Company, aunque fuera tan solo por su demacración. De hecho la gran efervescencia de las luchas laborales y el sindicalismo en la era bordelesa parecen proveer evidencia de la importancia de los pericos en el movimiento sindical. Huelgas masivas en las zonas bananeras de Guatemala, Honduras y Costa Rica durante las décadas de 1940 y 1950 fueron seguidas por una relativa parsimonia una vez que se suspendió la atomización manual a principios de la década de 1960. El patrón del conflicto en Costa Rica es particularmente sugestivo. Los atomizadores costarricenses estuvieron involucrados en cada una de las seis huelgas que paralizaron todo un distrito o división de la compañía en el período bordelés; además sus quejas figuran en las demandas sindicales o en los eventos que precipitaron la huelga en todos los conflictos para los cuales existe tal información asequible.<sup>29</sup>

Las versiones relativamente completas contenidas en las fuentes judiciales y la prensa sobre tres de las cuatro huelgas bananeras más importantes de Costa Rica en

los años 1950 parecen sugerir que la periquera era importante para el movimiento huelguístico. Los trabajadores presentaron veintitrés demandas en la huelga general de 1953. Mientras que la mayoría eran aplicables a la totalidad de la fuerza laboral de la compañía, dos de las quejas se referían específicamente a las cuadrillas de atomizadores. De manera similar, de veinticuatro demandas planteadas en el paro de 1955 en Puerto González Víquez, tres reflejaban quejas de la periquera. Finalmente la huelga principal a lo largo de la zona bananera en 1959-1960, solo tenía una demanda: la aplicación a los bananeros del aguinaldo navideño que se otorgaba a los trabajadores no agrícolas bajo la ley laboral costarricense. Sin embargo, en los meses que condujeron al paro, los esfuerzos de la compañía por eliminar a los manguereros (encargados de manipular las pesadas mangueras) de los equipos de atomización aumentó la tensión en las plantaciones y ayudó a precipitar la mayor de las huelgas.<sup>30</sup>

Un examen más profundo de los archivos judiciales de las huelgas y de las entrevistas a líderes sindicales, revelan sin embargo que las cuadrillas atomizadoras eran algo menos que una vanguardia militante en el movimiento laboral costarricense. En las narrativas contenidas en los registros judiciales de dos de los movimientos de huelga más espontáneos (el de 1949 y el de 1953), los oficiales reportaban que el paro empezaba entre los "trabajadores agrícolas" y que los atomizadores se unían únicamente tras intercesiones en que se les forzaba a hacerlo. En la huelga de 1949 por ejemplo, el inspector judicial del Juzgado de Trabajo de Golfito le preguntó a dos atomizadores por qué no se encontraban en sus puestos de trabajo. La respuesta fue

"El martes 30 de agosto pasado y como a las 7 de la mañana estábamos en nuestro trabajo que consiste en regar las plantaciones con el caldo bórdeles y llegó un grupo de trabajadores de agricultura de la Finca y nos dijeron que teníamos que parar el trabajo, le avisamos a nuestro jefe y le comunicamos lo sucedido y nos dijo que estaba bien, que paráramos de trabajar, así lo hicimos."<sup>31</sup>

De forma similar, en 1953 el inspector judicial reportó que en Finca 3 de Palmar Sur que el día que la huelga empezó, “en esta finca los trabajadores del Spray realizaron su labor normal hasta las ocho de la mañana, hora en que un grupo de trabajadores huelguistas les impidió continuar sus labores ordinarias.”<sup>32</sup> Aunque tales afirmaciones podrían ser explicadas por la reticencia normal del trabajador común a admitir actos de insubordinación frente a las autoridades, otros trabajadores que tenían puestos de trabajo diferentes dentro de la plantación no manifestaban tales reparos, sino que más bien describían los objetivos de la huelga e indicaban su apoyo y algún conocimiento previo del movimiento huelguístico.

Entrevistas con los dirigentes sindicales de la época de la atomización con caldo bordelés arrojan un cuadro de una marginalización aún mayor de estos trabajadores con respecto al movimiento. Uno de los organizadores sindicales más dinámicos recuerda profundas divisiones y confrontaciones entre los trabajadores de la periquera y los del departamento de agricultura, a quienes él recordaba como la base militante.<sup>33</sup> Un activista de la plantación que había trabajado una temporada atomizando el veneno era más explícito en su evaluación: “A los pericos no les gustaba sindicalizarse.”<sup>34</sup> Ninguno de los sindicalistas bananeros que entrevisté colocaron a los pericos entre los promotores de las organizaciones sindicales, y algunos los catalogaban implícitamente como no confiables (*flojos*).

La inestable relación entre el movimiento laboral y la periquera tenía varias raíces. Una era pragmática: el sindicato tenía relativamente poco que ofrecer a los atomizadores. Los niveles de pago eran relativamente altos para los atomizadores, especialmente si se consideraba que muchos de ellos carecían de habilidades agrícolas y no podían mantener el ritmo exigido en las labores agrícolas.<sup>35</sup> Esta combinación de salarios más altos y modestas capacidades agrícolas tenía un efecto dual dentro de la lucha laboral: de manera realista los atomizadores no podían esperar que los demás bananeros apoyaran mayores salarios para la periquera, ni tampoco

podían mejorar su suerte ampliando el acceso a otros trabajos en la plantación.

El problema medular de los atomizadores —la “fea” y malsana naturaleza del trabajo— parecía cada vez más alejado de las capacidades de la lucha laboral. Mucha de la agitación inicial de los militantes izquierdistas concerniente a la atomización se enfocaba en la toxicidad de la mixtura bordelesa e incluía demandas para obtener equipo protector. Tales protestas eran una valiosa propaganda en la dramatización de la explotación de los trabajadores por parte de la compañía, pero también reflejaban los criterios de importancia de los militantes sindicales y de los atomizadores concernientes a los asuntos de la periquera. Esto resultó especialmente cierto durante la II Guerra Mundial, cuando muchos viejos bananeros del sector agrícola se vieron forzados ante la suspensión de embarques a escoger entre el trabajo de atomización o el desempleo.<sup>36</sup> Sin embargo, conforme avanzó la era bordelesa, los reclamos por daños a la salud y las peticiones de anteojos y máscaras gradualmente desaparecieron del discurso público y de las demandas sindicales. Para mediados de los años 1950, los agravios se enfocaban principalmente en el ritmo del trabajo, las dificultades en el manejo de las mangueras, y las cambiantes reglas laborales.

El asunto de la exposición a la mixtura bordelesa, afloró por última vez en puerto González Víquez durante la huelga de 1955, en la cual la demanda a la compañía de suplir equipo protector se colocaba de última entre las cuatro peticiones solicitadas desde la periquera. Los negociadores de la UFCo respondieron:

“Estamos dispuestos a proporcionar mascarillas a los regadores del Spray; en algunas ocasiones lo hemos ensayado y a los pocos días el trabajador hace abandono de ella. Ensayaremos de nuevo con ciertos equipos y si diera resultado lo estableceremos con carácter general para todos los regadores del Spray.”<sup>37</sup>

No hay evidencia alguna que sugiera que la United Fruit proveyó máscaras a un número significativo de

trabajadores. Aunque como ha señalado Angus Wright las afirmaciones de los productores de que los trabajadores de pesticidas se negaban a utilizar equipo de seguridad deben ser tomadas con escepticismo,<sup>38</sup> en este caso, el reclamo de la compañía tiene alguna credibilidad. Aparentemente, fue distribuido equipo de protección en Honduras en algún momento durante la década de 1940, pero no parece haber permanecido en uso durante mucho tiempo. En el intenso calor y la humedad de la zona bananera, los trabajadores apresurados por cumplir con su cuota de conexiones de manguera encontrarían el respirador sumamente incómodo y los anteojos pronto se opacarían en una niebla de condensación de bruma de bordelés. Ninguno de estos artículos aliviaría la humillación y la incomodidad de la inmersión diaria en el impregnante azul-verde de la mixtura. En Golfito el único antiguo perico que recordaba haber recibido una máscara también recordaba haberla desechado poco tiempo después.<sup>39</sup> Tales experiencias deben haber sugerido a muchos atomizadores que los efectos negativos del bordelés no podían ser mitigados sin aumentar la miseria de sus vidas de trabajo en otras formas que eran inaceptables.

En realidad, la naturaleza miserable y humillante del trabajo de atomización, lejos de inspirar militancia, aseguraba que hombres o niños que tomaban el trabajo no compartieran pasados comunes, solidaridades regionales o étnicas, o el agresivo orgullo masculino que subyacía bajo una organización laboral exitosa entre los “trabajadores agrícolas” de las plantaciones. El antropólogo Philippe Bourgois notó en su estudio de las operaciones de la United Fruit en Panamá que los peores trabajos de la plantación siempre eran asignados a los grupos étnicos de más bajo estatus dentro de la fuerza de trabajo. Consecuentemente, en las zonas bananeras tanto del atlántico como del pacífico panameño, indios guaimíes constituían el grueso de los trabajadores encargados del control de la sigatoka. La hostilidad étnica y la desconfianza resultaron ser una barrera significativa para la inclusión de estos trabajadores dentro del movimiento

laboral panameño, el cual era liderado por mestizos.<sup>40</sup> En las plantaciones del pacífico costarricense, los trabajadores indígenas nunca figuraron de manera significativa, pero había sin embargo, de manera similar, un grupo al fondo de la jerarquía étnica que predominaba en la periquera.

En Costa Rica, las cuadrillas de atomizadores parecen haber sido reclutadas, mucho más frecuentemente que otros trabajadores bananeros, de un pequeño flujo de jóvenes en busca de trabajo de las tierras altas del Valle Central, cuya población se enorgullecía de sus orígenes europeos. Migrantes educados y con buenas conexiones podían aspirar a puestos clericales o a posiciones administrativas inferiores, pero para los pobres del valle este no era el caso. La mayoría buscaba un ingreso líquido temporal que no se podía ganar en los trabajos obreros en las ciudades de la meseta o en la cada vez más subdividida parcela familiar de los distritos agrícolas rurales. La mayoría de los trabajadores bananeros de piel más oscura, eran emigrantes de las empobrecidas tierras bajas fronterizas de la provincia de Guanacaste, nicaragüenses y en algunos casos hondureños. Estos se referían despectivamente a los costarricenses de las tierras altas como los “cartagos” el nombre de la ciudad capital colonial. Aunque entonces como ahora, la meseta dominaba el orden político y económico de Costa Rica, la cultura laboral de plantación del Pacífico Sur invertía esta jerarquía social de la nación en muchas formas particulares debido al aislamiento de las corrientes principales de Costa Rica. El sobrenombre “cartago”, por tanto, reflejaba resentimiento por los insultos que los inmigrantes de Guanacaste habían recibido por largo tiempo de las clases dominantes de las tierras altas de Costa Rica (incluyendo a los administradores costarricenses de la UFCo.) y condescendencia por la presunta escasez de experiencia agrícola de los trabajadores de una región relativamente urbana.<sup>41</sup> Aunque no todos los trabajadores del Valle Central llegaron a tales extremos, la estrategia empleada por un joven atomizador de la meseta indica

la vergüenza adherida a sus orígenes: “como se respetaba mas el extranjero que al nacional di la idea de decir que era hondureño..., por lo que los hondureños me decían paisano.”<sup>42</sup>

Los trabajadores de la meseta eran marginados aún más por su reputación de trabajar solo cortas temporadas para ganar un poco de efectivo de manera rápida y luego regresar a las ciudades del interior. Un antiguo militante sindical afirmaba que se rehusaban a bañarse o a cambiarse de ropa durante su estadía —un hecho poco probable— pero que puede revelar más acerca de la baja estima en la cual se tenía tanto a los pericos como a sus prácticas higiénicas.<sup>43</sup> Percibidos como impasibles ante la llamada del sindicato o de las prostitutas y el licor, los pericos no se anotaban puntos a la masculinidad por sus respuestas. La escasa estima por los atomizadores como hombres era acentuada por su edad. Según todos los testimonios, la mayoría eran o muy jóvenes o en el caso de algunos, muy viejos para ganarse la vida en las labores por tarea de los trabajadores agrícolas.<sup>44</sup> El respeto a los atomizadores —y a su estatus de masculinidad en la cultura laboral *machista* de la zona bananera— se veía así debilitado por la constelación de actitudes y comportamientos que rodeaba su origen y edad.

La barrera más seria para la afirmación de la autoestima varonil de los pericos, era sin embargo la naturaleza de su trabajo en sí misma. Más allá de la degradación diaria de ser impregnado y manchado por la mixtura bordolesa, el hecho de que los pericos no trabajaban con machetes se volvía en su contra. El machete del trabajador agrícola, “la rula”, era para los bananeros un símbolo de su compromiso militante; este era utilizado para resolver disputas después del trabajo y era levantado en alto durante las marchas de protesta. Un sentido agudo del insulto de la falta de esta herramienta emerge en las acaloradas protestas de los atomizadores a quienes se les había pedido que utilizaran sus manos para quitar la hierba y otras malezas alrededor de los empates de las mangueras.<sup>45</sup> Junto con su juventud y etnicidad, las

múltiples humillaciones del trabajo de atomización desgastaba la inclinación de los pericos a enrolarse en la lucha colectiva contra la compañía y también les negaba la solidaridad con otros trabajadores de la plantación. Un militante sindical recordaba, “Y entonces como los pobres pericos siempre se veían todos mojados, azules, la agricultura, los trabajadores de la agricultura, se burlaban.”<sup>46</sup> Otro era más explícito: “Era trabajo para pendejos.”<sup>47</sup>

Si los pericos rara vez figuraban entre los militantes que sostenían el movimiento laboral en el día a día (o siquiera pagaban las cuotas) y eran objeto de ridículo, se hace necesaria alguna explicación por el considerable esfuerzo empleado por los líderes sindicales para al menos aparecer como representando los intereses de los atomizadores. A lo largo de la década de 1950, los organizadores se reunían regularmente con los atomizadores, escuchaban sus problemas diarios del trabajo, y hacían esfuerzos por confrontarlos a través de quejas informales, protestas formales al gobierno y oficiales de la compañía, paros cortos, e iniciativas legales. De 1942 a 1960, por lo menos cuarenta y seis de estas acciones sindicales en pequeña escala se enfocaron en las tribulaciones de los pericos.<sup>48</sup>

Esfuerzos más intensos precedieron huelgas a gran escala, al tiempo que los organizadores se esforzaban por asegurar la participación de los atomizadores. Un dirigente sindical recuerda, “Siempre en las demandas, había que poner algo para ellos, para atraerlos, tratarlos bien y unirlos, para tener fuerza.”<sup>49</sup> Los atomizadores impasibles ante las apelaciones a sus intereses, se convencían en cambio por las discusiones (¿intimidaciones?) de escuadrones de activistas que buscaban a los trabajadores de la sigatoka en las primeras horas de cada huelga.

La fuerza que los líderes sindicales esperaban obtener de los atomizadores tenía menos que ver con las virtudes de la solidaridad que con el trastorno económico que cualquier pausa en la aplicación del fungicida infligiría a la United Fruit. Antes de la epidemia de la sigatoka

el mayor poder de los trabajadores bananeros sobre la compañía era su capacidad de suspender las ganancias de la producción del momento, deteniendo el trabajo de cosecha sobre un producto perecedero. El retiro de labores en el control de la sigatoka, en contraste, interrumpía la producción futura aumentando también la fuerza del movimiento laboral considerablemente. La aplicación regular del bordelés suprimía la infección por sigatoka, pero no la eliminaba de los cultivos bananeros. Cualquier interrupción del ciclo de aspersiones, a un intervalo máximo de tres semanas, como por ejemplo por una huelga, permitiría que la enfermedad se reintrodujera. Retomar el control se convertía en un proceso arduo, pues “ya todo el bananal es un foco de infección”.<sup>50</sup> Las cosechas podían sufrir drásticas reducciones durante muchos meses después.

La seriedad de esta amenaza era muy bien entendida por los líderes laborales y la administración. Plaza y May, porristas de la prensa empresarial para la United Fruit en la década de 1950, reportaron que la compañía una vez se había rehusado a dar cuartel al sindicalismo en los trópicos pero “ahora mantiene continuamente líneas de comunicación con los representantes sindicales en todas las divisiones”. La razón era en parte debida al daño que las huelgas podían causar, pero principalmente porque “el control sobre la sigatoka debe ser mantenido constantemente”.<sup>51</sup> En efecto, la potencial participación de la periquera en las huelgas cambiaba el balance del poder industrial haciendo de la enfermedad agrícola un arma a favor del movimiento de los trabajadores.

Sin embargo, desafortunadamente esta arma era de doble filo. Cuando se buscaban declaraciones de ilegalidad contra los huelguistas ante la Corte de Justicia costarricense (un importante paso bajo el código laboral que permitía despidos, el uso de trabajadores rompehuelgas y habría el paso para la intervención de la fuerza gubernamental), los administradores y abogados de la compañía rara vez dejaban pasar la oportunidad de invocar el peligro que la enfermedad desatada representaba

para la segunda fuente de ingresos de la República como impuestos a las exportaciones. En el paro de 1949, por ejemplo, cuando la huelga llevaba menos de una semana, el superintendente del distrito de Esquinas de la United Fruit le aseguraba a un juez de la corte, “de no efectuarse el riego dentro de pocos días, las plantas se infectan y es muy probable que se pierdan en su totalidad por un periodo grande.”<sup>52</sup> Sin tales argumentos, la agroindustria bananera con su cosecha constante era difícil de categorizar dentro de la distinción que el Código Laboral hacía entre huelgas industriales, las cuales se podían validar legalmente y las huelgas agrícolas, las cuales no podían ser validadas. Dada la amenaza a la producción en el largo plazo que representaba la sigatoka, los jueces encontraban fácil declarar las huelgas bananeras ilegales con base en esa distinción, como lo hicieron en 1949.

Cada vez más, el daño potencial de la enfermedad se convirtió en la base de las demandas políticas de la United Fruit para la intervención de la fuerza gubernamental en las huelgas. Cuando los derechos laborales fueron reconocidos en el Código Laboral costarricense de 1943 la represión de las huelgas por la fuerza, incluyendo las ilegales, no era automática. Requería de una argumentación contundente, como la posibilidad de violencia o sabotaje. En la huelga de 1953, el reclamo ampliamente publicitado de la United Fruit de que estaba “en peligro [la] cosecha de un año” exitosamente equiparó la suspensión de la atomización con sabotaje, justificándose así la participación de la Guardia Civil en la zona bananera y el arresto de los dirigentes sindicales.<sup>53</sup> En la huelga de puerto González Víquez de 1955, la compañía también basó su ultimátum para el regreso al trabajo en la inminente destrucción de las plantaciones al quedar fuera de control la enfermedad, y buscó la protección estatal para el uso de rompehuelgas de Panamá que procedieran con las atomizaciones. En esta instancia, los reclamos resultaron en una intermediación *in situ* del ministro de trabajo en vez del respaldo armado, pero las eventuales

negociaciones se llevaron a cabo en una atmósfera de intimidación estatal que incluía al ministro de seguridad blandiendo una pistola hacia los líderes sindicales.<sup>54</sup>

Además de justificar la supresión de la huelga, la posibilidad de pérdidas catastróficas por la interrupción del control de la sigatoka podía servir como pretexto para represiones preventivas de otras actividades sindicales. Este argumento fue medular en la estricta campaña antisindical de la United Fruit tras la huelga de cuatro semanas entre 1959-1960. A mediados de 1960 por ejemplo, los abogados de la compañía pidieron el máximo castigo para un par de activistas laborales que fueron aprehendidos dirigiéndose a los atomizadores:

“La gravedad de los últimos acontecimientos en la Zona Bananera justifica plenamente la fijación de una fianza adecuada a la cuantía de los posibles daños. En este aspecto es notorio el hecho de la pérdida total de las plantaciones a corto plazo si se suspende el riego de bordelés. En seis semanas el bananal se liquida por completo y es necesario esperar un año antes de cosechar fruta nuevamente. Los daños estimados de la última huelga, cuya duración fue apenas de cuatro semanas... han sido publicados.”<sup>55</sup>

Tras de eso, durante una década, la United Fruit persiguió al movimiento sindical hasta su casi extinción, prohibiendo reuniones, negándole a los organizadores acceso a las edificaciones, los caminos, los sitios de trabajo en sus enormes propiedades, y apelando a la policía y las fuerzas de seguridad nacionales para el arresto de los militantes. Largo tiempo después de que los pericos habían sido suplantados por las nuevas atomizaciones aéreas, la United Fruit continuaba recordando a las autoridades el “desequilibrio presupuestario” que se había producido tras la pérdida de impuestos de exportación por la baja en las exportaciones por la sigatoka tras la huelga de 1959-1960. La compañía también recordaba a sus trabajadores los “desastrosos resultados, de diez años atrás de escuchar falsas promesas” hechas por “agitadores profesionales”.<sup>56</sup> Estos argumentos se esbozaban

—poco ingenuamente— en 1969, siete años después de terminada la era de atomización con bordelés. Sin embargo era cierto que durante el largo período en 1960 en que las fincas bananeras estuvieron fuera de producción, redujeron notablemente su fuerza de trabajo. Esta medida fue exacerbada en los siguientes dos años por la suspensión del sistema de atomización manual y el consiguiente desempleo de gran cantidad de trabajadores. Los activistas laborales y sus seguidores eran particularmente propensos a ser despedidos en 1960 y 1961. En consecuencia, se implantó el levantamiento de listas negras y se agudizó la represión, la cual fue acompañada por una efectiva reorganización de los procesos laborales y cambios en las políticas sobre el personal para evitar que los sindicatos ganaran terreno. Las organizaciones laborales no se reactivaron en las plantaciones bananeras de Costa Rica hasta 1970, y entonces solo bajo una administración nacional más amigable.<sup>57</sup> Mientras que la era del bordelés le había dado a los trabajadores la capacidad de interrumpir el control de las plagas del banana y un poderío inusitado en el ámbito de la producción, en última instancia las consecuencias del ejercicio de ese poder contribuyeron a que durante una década se eclipsara el sindicalismo bananero en Costa Rica.

### **El fin de la periquera**

La capacidad de los pericos de suspender la producción frutera por medio de huelgas era inaceptable para la dirigencia de la United Fruit, pero los costos monetarios ocasionados por su utilización, aún en tiempos de paz, eran igualmente angustiantes. La compañía aducía que los costos del control de la sigatoka, constituían la mayor parte de los salarios y representaban casi la mitad de los costos operativos de la plantación. Una de las razones de los costos tan altos era que solo un salario elevado, comparable con las ganancias del más veloz de los trabajadores “agrícolas” por tarea, podía convertir el

trabajo de atomización en una alternativa atractiva para nuevos reclutas. Para muchachos muy jóvenes con poca experiencia, el trabajo de la periquera les permitía allegar casi el doble del ingreso de hasta “un buen trabajo” en otra cosa en la zona bananera.<sup>58</sup>

A pesar de que los salarios eran relativamente elevados, las cuadrillas tenían un índice de rotación que a los administradores les parecía muy poco satisfactorio. Aunque reacios a organizarse, los atomizadores no titubeaban en enunciar las disconformidades con su trabajo votando “con sus pies”. En primer lugar muchos, especialmente aquellos de las tierras altas, no consideraban quedarse por mucho tiempo. De los antiguos pericos que contribuyeron con sus narrativas al proyecto de las “*Autobiografías campesinas*” de la Universidad Nacional, el periodo más prolongado que indicara alguno haberse quedado en el trabajo fue “L.CH.A.” : “Pero como al año y medio deje de trabajar en ese trabajo Porque me asia malo para la cabeza y no me quisieron trasladar a los trabajos de agricultura entonces Pedí el tiempo...[ortografía original]”.<sup>59</sup> Los períodos más cortos, con una duración de algunos meses o hasta días, eran más comunes, seguidos por el regreso a casa, para algunos, y para otros por una movilización hacia labores bananeras menos agrestes.

Desde tan temprano como en los años de 1940, con una rotación constante en las cuadrillas de atomización y la renuencia extrema de los trabajadores experimentados a ser asignados a la periquera, los capataces y supervisores de la plantación siempre estaban a la búsqueda de nuevos reclutas, presionando especialmente a cualquiera que tuviera experiencia como regador. Las cuadrillas compuestas de trabajadores sin experiencia tenían una productividad notablemente más baja, además las vacantes podían causar peligrosos retrasos en los itinerarios. Para mediados de la década de 1950, las cuadrillas de atomización se estaban haciendo cada vez más difíciles de encontrar. A lo largo y ancho de la industria bananera, esta escasez ponía aún más presión sobre los salarios y ponía en peligro el control de las pestes.<sup>60</sup>

La dependencia de los “poco fiables” y caros “trabajadores locales” para el vital trabajo de control de la sigatoka había inquietado a la administración de la United Fruit y su departamento científico desde el principio. En las pruebas, al inicio de la epidemia, los investigadores habían esperado que el rocío aéreo resultara efectivo. A pesar de la evidencia clara de que fórmulas suficientemente livianas para ser llevadas por aviones se lavaban con las lluvias tropicales, de que las cantidades requeridas era imposible que se aplicaran uniformemente desde el aire, y de los frecuentes y espectaculares accidentes, la compañía siguió intentando las atomizaciones aéreas por lo menos hasta 1938. En ese punto hasta los pilotos de la compañía admitieron que era “poco práctico, producía gran desperdicio y resultaba sumamente caro”.<sup>61</sup>

Cuando los costos laborales aumentaron debido a la expansión de la industria después de la II Guerra Mundial, los investigadores de la United Fruit renovaron la búsqueda de nuevas tecnologías para el control de la sigatoka que evitaran los elevados costos laborales y la dependencia de los atomizadores para la sobrevivencia de la plantación. Sus enfoques, como era característico de la Compañía, visualizaban a los trabajadores como la absoluta totalidad del problema y proponían como solución una simple automatización de la labor de los pericos. Los trabajadores encargados de portar las mangueras serían remplazados por torres estacionarias, pero los químicos y las bases fitopatológicas del control permanecerían iguales. Jorge Umaña Araya, un estudiante de postgrado en agronomía de la Universidad de Costa Rica, participaba en pruebas de este sistema en Finca 1, cerca de Palmar Sur, en 1948 y 1949 y las describió en gran detalle. Umaña notó que las pruebas de automatización mostraban

“...la preocupación de la CBCR (la subsidiaria de la United Fruit) por abaratar el costo de las aspersiones de caldo bordelés y muy principalmente por reducir el número de trabajadores en las fincas debido a la escasez de brazos, si se toma en cuenta sobre todo el plan de incremento de la producción..., y también porque le resulta muy difícil manejar y alojar a grandes grupos de trabajadores en los actuales centros de trabajo.”<sup>62</sup>

La nueva forma de aplicación del caldo bordelés tuvo éxito en disminuir el número de trabajadores del control de la sigatoka a la mitad y redujo el costo diario del programa en casi la misma proporción. Sin embargo fracasó en mantener la enfermedad bajo control. Los cambios en la velocidad o dirección del viento dejaban muchas plantas sin cobertura. Más seriamente aún, la atomización solo cubría la superficie exterior de las hojas, dejando las partes inferiores expuestas a las infecciones. Después de tres meses los investigadores detuvieron el experimento al infestarse severamente una cuarta parte de la finca.<sup>63</sup>

Tras la expansión de la United en la posguerra, ya a principios de la década de 1950 y con las ganancias declinando durante toda la siguiente década, los ejecutivos de la compañía reiteradamente aseguraban a los accionistas que desarrollarían “un método más satisfactorio de atomizar la fruta para el control de las enfermedades”.<sup>64</sup> Los científicos experimentaban con la química del fungicida, mejorando levemente su cobertura y persistencia. Las investigaciones acerca del ciclo del hongo permitieron disminuir levemente las aplicaciones. Sin embargo, tras amargos conflictos en Guatemala y huelgas masivas en Honduras (1954) y Costa Rica (1953, 1955), los esfuerzos más intensivos se centraron en sustituir a los trabajadores por máquinas. Tras años de tanteo, las torres elevadas reaparecieron en 1956 y se convirtieron en el principal método de control de la sigatoka en la recién abierta y levemente infestada división de Almirante, Panamá. En ese mismo año se abrieron dos nuevas fincas en el distrito de Coto, Golfito, división Costa Rica con torres atomizadoras. Pero los problemas reportados por Umaña en 1949 persistían, y el control de la sigatoka continuó de manera abrumadora en manos de las cuadrillas atomizadoras.<sup>65</sup>

Al igual que con el mal de Panamá, en donde la relativamente pequeña Standard Fruit Company lideró el cambio hacia un nuevo paradigma, al introducir nuevas variedades resistentes a la enfermedad, los

primeros pasos hacia una tecnología radicalmente nueva en el control de sigatoka se dieron en las márgenes de la industria bananera, fuera del dominio de la United Fruit. En 1953 y 1954, investigadores franceses en la isla de Guadalupe donde pequeños finqueros a menudo no podían transportar suficiente agua para mezclar el sulfato de cobre, experimentaron con aceite como un agente potencialmente más eficaz en lograr la mezcla. El grado de eficacia sobrepasó por mucho sus expectativas, y pronto descubrieron que este éxito no dependía del sulfato de cobre. El aceite por sí mismo controlaba la sigatoka. Más aún, lo hacía con muy bajos volúmenes, eran suficientes menos de diez galones por acre, en comparación con los 250 galones requeridos de bordelés.<sup>66</sup> Los agrónomos de la United Fruit percibieron que esta era una solución ideal a su problema de la fuerza laboral. Mientras que los aviones no podían cargar suficiente bordelés para una fumigación efectiva, fácilmente podían llevar y aplicar los bajos volúmenes de atomización de aceite. Una sola aeronave podía cubrir entre 150 y 250 hectáreas en una mañana, cobertura que requeriría de doscientos a trescientos días de labor de una persona con bordelés.<sup>67</sup> Para mediados de 1957, la compañía empezó la sustitución de la atomización del bordelés aplicada por pericos, por una bruma aceitosa aplicada desde helicópteros o avionetas.

En Costa Rica, los líderes de los sindicatos bananeros protestaron vehementemente ante el anuncio de la eliminación de mil ochocientos puestos de atomización en la división de Golfito. Haciendo a un lado las quejas anteriores acerca de la toxicidad de la mixtura bordelesa, José Meléndez Ibarra, Presidente de la Unión de Trabajadores de Golfito (UTG), solicitó urgentemente la intervención del ministro de trabajo para que preservase las cuadrillas atomizadoras. Meléndez no aceptó abiertamente una retracción, pero su argumento sí estaba cargado de una racionalización sesgada. El sindicato, escribió, no se oponía a los sistemas de control de sigatoka que ahorrasen trabajo, pero creía que la economía nacional

no podía absorber el repentino aumento en el desempleo.<sup>68</sup> Aunque es poco probable que los líderes sindicales creyeran que la economía nacional se encontrara en riesgo por la pérdida de trabajos de atomización, la economía local y el mercado laboral de la zona bananera ciertamente lo estaban. Quizá más importante, sin la periquera, las fuerzas laborales perdían su más potente arma contra la compañía: el poder de retirar el control de la sigatoka. La petición no fue respondida, sin embargo, la atomización de bordelés se había suspendido en Costa Rica (y demás lugares) para 1958.

Aún así, las incertidumbres inherentes a la repentina implementación de cualquier tecnología no probada lograron lo que el sindicato y el Estado no pudieron: restaurar la periquera por un tiempo. Durante el primer año de atomización aérea, le fue quedando cada vez más claro a la administración que la bruma de aceite tenía un efecto fitotóxico sobre la cosecha. El peso de la fruta bajó, y los rendimientos bajaron en más de un 10%. Para mediados de 1959, la compañía suspendió la atomización aérea. Una vez más los trabajadores acarrearón las largas mangueras a través de las plantaciones. El peso de los racimos aumentó en un 7% en el curso del año siguiente. Sin embargo, los administradores estaban decididos a “retener las economías de la atomización aérea.”<sup>69</sup>

En Costa Rica (y probablemente en las demás regiones), la United extrajo estas “economías” directamente de los procesos laborales de los pericos. A lo largo de los años 1950, a los atomizadores se les habían ido aumentando las cuotas de producción para lograr su tarifa diaria. Cuando se asumió de nuevo la atomización manual, en un gran número de plantaciones los supervisores finalmente eliminaron la ficción de la tasa diaria de pago y se adhirieron estrictamente al número de boquillas cubierto por cada individuo. Los voceros sindicales adujeron que el nuevo sistema de pago se traducía en una aguda caída del ingreso y que los administradores se negaban a reconsiderar el precio por conexión.<sup>70</sup> Hubo además otra innovación para el recorte de costos que

provocó una protesta aún más aguda. La compañía eliminó el puesto de cargador de la manguera, aludiendo que las recién adquiridas mangueras plásticas eran tan livianas que un solo hombre ahora podía hacer el trabajo de dos: atomizar las plantas, acoplar y desacoplar la manguera, y jalarla a lo largo y ancho de la plantación. Los administradores insistían en que ellos habían hecho estudios de tiempos y movimientos en el campo para calcular tarifas justas de pago. Pero los atomizadores resintieron amargamente los cambios. Las nuevas mangueras puede ser que efectivamente fuesen más livianas (el sindicato lo negaba), pero no hay razón para suponer que fueran más rápidas de conectar o menos propensas a enredarse en el terreno irregular y cubierto de escombros de la plantación. Muchos trabajadores reclutaron familiares o pagaron a amigos desempleados (arrimados) de sus propios bolsillos para lograr cumplir con las cuotas de producción. Los dirigentes sindicales ahora encontraron a los atomizadores mucho más receptivos a sus llamadas a la acción, y desde 1959 hasta 1961, la periquera finalmente se convirtió en el punto focal de la protesta en la plantación.<sup>71</sup>

Aunque la atomización aérea de aceite se había suspendido en 1959, ninguno de los administradores o investigadores estaba preparado para abandonar este prometedor sistema, especialmente ante el incremento de la efervescencia laboral. Los investigadores hicieron exhaustivos experimentos, buscando una atomización de aceite que suprimiera el hongo quemando lo menos posible la superficie de la hoja. Para fines de 1960, los tres métodos de control de la sigatoka (manguera, torre, y atomización) estaban siendo utilizados simultáneamente en algunas plantaciones, lo cual requería que los administradores monitorearan radios comparativos de infección y producción. Después de tres años de prueba y error, los investigadores se decidieron por aceites altamente refinados, con un bajo rango de viscosidad y su procedencia geográfica estrictamente controlada. Aplicado en una fina bruma desde el avión, el nuevo rocío controlaba

la enfermedad sin afectar la cosecha. A fines de 1962 la periquera fue sustituida definitivamente por aviones y helicópteros.<sup>72</sup> A lo largo de las siguientes dos décadas, los agrónomos añadieron varios fungicidas sistémicos para una mayor efectividad. Pero el aceite aplicado aéreamente se mantuvo como la base de control de la sigatoka hasta el brote de la sigatoka negra en Centroamérica, a mediados de la década de 1970. Este nuevo patógeno era un "primo" más virulento de la sigatoka. (*Mycosphaerella fijenses var. difformis*)

El paso de la atomización manual de la mixtura bordelesa al control aéreo de la sigatoka ilustra la compleja y contingente naturaleza de la relación entre trabajo y ambiente en el capitalismo agrario. No puede ser descrito estrictamente en términos de luchas en el sitio de trabajo sobre procesos laborales tal y como lo han enfocado los teóricos del cambio industrial, como David Noble y Harry Braverman.<sup>73</sup> Sin embargo tampoco se trata de una serie lineal de avances científicos. La característica inhibidora de la sigatoka por el rocío aceitoso, descubierto accidentalmente por los investigadores franceses, y su inesperada fitotoxibilidad fueron los factores responsables de la adopción de todo un nuevo sistema de control de enfermedades y de su suspensión un año después. Los elevados salarios necesarios para atraer trabajadores hacia la periquera, su alto índice de rotación y los éxitos de la organización laboral en el uso de la sigatoka como arma contra la compañía confluyeron a provocar algo más que un poco de desesperación en la United Fruit. De ahí la permanente ansiedad por encontrar un método menos intensivo en trabajo para el control de la epidemia.

Pero también debe recordarse que el salto al control de la sigatoka no basado en el bordelés, fue hecho a gran distancia del departamento de investigación de la United Fruit, cuya agenda obtusamente atribuía el problema de las enfermedades de la cosecha a una fuerza laboral indisciplinada y buscaba una solución en la automatización. Una vez descubierto, es sumamente probable

que el nuevo método aéreo de combatir la sigatoka hubiera sido adoptado, pero también es igualmente cierto que la problemática relación entre la compañía y sus cuadrillas de atomizadores impulsó la urgencia con que se buscaba suplantarlos. La evolución de pos guerra en el control de la sigatoka de la United Fruit se veía impulsada en igual medida por las contingencias biológicas que por las luchas entre la administración y sus empleados.

### **Legados de la era de la atomización con bordelés**

El cambio ambiental no tiene un ritmo definido. Este puede ser gradual y acumulativo, pero también puede ser repentino y espectacular, como fue el caso de la dispersión de la epidemia de la sigatoka en la cuenca del Caribe en 1935. Sin embargo, aún el cambio explosivo puede tener orígenes ocultos en intervenciones humanas anteriores, en apariencia inofensivas. El brote de una nueva y más virulenta variedad del hongo *mycosphaerella* en 1973 sucedió de manera tan rápida como la epidemia original y ha tenido un impacto casi igual de dramático sobre la industria bananera. Desde el principio la "sigatoka negra", ha sido muy resistente a los rociadores compuestos de aceite, y ha desarrollado resistencia a los fungicidas sistémicos mucho más rápido que las variedades anteriores (ahora llamada "sigatoka amarilla"). Los cultivadores respondieron a la nueva epidemia con un conjunto rotativo de "cocteles de fungicidas", y con atomizaciones cada vez más frecuentes (más de cuarenta aplicaciones al año en muchos casos), saturando las plantaciones con compuestos orgánicos artificiales cuyos efectos no son todavía bien comprendidos. El control de la sigatoka negra cuesta ahora aproximadamente una cuarta parte del ingreso bruto percibido por el comercio bananero en el istmo.<sup>74</sup> A diferencia de la enfermedad original, también afecta las producciones de subsistencia y el mercado doméstico de plátanos.

La nueva epidemia se discute generalmente como si fuera un evento independiente del primero, excepto por el papel que representa la vulnerabilidad del monocultivo en cada una. Pero un investigador ha planteado que el brote de la sigatoka negra puede ser una consecuencia imprevista del cambio de la mixtura bordelesa por atomizaciones de aceite para el control del mal original. En este escenario, una variante menos virulenta del hongo *M. Fijienses* "negra" puede haber estado presente por largo tiempo a niveles muy bajos por lo que era incapaz de desalojar a *M. Musicola* "amarilla" de su nicho ecológico compartido, mientras que el caldo bordelés los suprimía a ambos. El aceite sin embargo, inhibe el mecanismo reproductivo favorecido por el hongo amarillo, lo que permitió al *fijienses* que se desarrollara sin control de manera explosiva y con virulencia acentuada para reponer al hongo patógeno original a lo largo de su dominio.<sup>75</sup> Si esta hipótesis es correcta, las devastaciones causadas por la sigatoka negra a mediados de la década de 1970, en América Central, y el incremento en el uso de combinaciones de químicos tóxicos para combatirla son consecuencias dilatadas de la lucha entre la United Fruit y los trabajadores de la periquera en los años de 1940 y de 1950.

Aunque el papel de la cambiante tecnología de pesticidas en la sigatoka negra permanece a nivel de especulación, el efecto acumulativo y permanente de las labores de los pericos en las tierras de la división Golfito está bien establecido. Los trabajadores bananeros de América Central atomizaron más mixtura bordelesa de lo que jamás ha sido aplicada a ninguna cosecha: de cincuenta a setenta mil litros, incluyendo de 100 a 150 kilos de cobre por hectárea anualmente. Para fines de la década de 1950, las plantas de banano empezaron a arrancarse desde la raíz de manera espontánea en áreas ampliamente esparcidas en el distrito de Palmar Sur. Cuando la United Fruit vendió mil hectáreas de las tierras más afectadas a pequeños y medianos cultivadores de arroz y las siembras de los nuevos propietarios no

producían, los agrónomos del gobierno confirmaron lo que la compañía había sospechado pero no había dicho a sus compradores: la extrema contaminación de la tierra con cobre había esterilizado de manera definitiva la tierra para la mayoría de los propósitos agrícolas en unas cinco mil a siete mil hectáreas sembradas de banano entre 1942 y 1962.

Los efectos no fueron uniformes. Las fugas en las tuberías y las áreas en las que los trabajadores tomaban descansos no autorizados mientras continuaba la descarga de fungicidas, probablemente explican algunos de los sectores de contaminación particularmente intensa. Sin embargo, las tierras aluviales más fértiles, especialmente aquellas en las que el río Térraba depositó su sedimento en las inundaciones de 1954 y 1955, presentan el mayor grado de contaminación debido a la tendencia del cobre a unirse con la materia orgánica en los suelos. El efecto es permanente. Ningún tipo de estrategia de restitución de suelos ha sido capaz de neutralizar los residuos de bordelés. Los efectos del cobre desempeñaron un papel importante en el cierre de la división bananera de Golfito en 1985, aunado a una amarga huelga, a la sigatoka negra, y a consideraciones de mercado. La mayor parte de las antiguas plantaciones de banano están ahora sembradas con árboles para pulpa de madera o palma africana, uno de los pocos cultivos tropicales relativamente resistente a la toxicidad del cobre.<sup>76</sup> La “enfermedad” de las antiguas tierras bananeras recuerda la visión de los dolientes pericos tan poderosamente evocada en la prensa y las memorias de la era del bordelés. La relación frecuentemente citada entre los cuerpos arruinados de los atomizadores y las florecientes cosechas de la zona bananera se revela bajo esta luz no como una relación inversa en la cual la salud de uno es sacrificada por la salud del otro, sino más bien como una vulnerabilidad de ambos ante el abuso agroquímico. Como seres humanos con albedrío, sin embargo, los trabajadores tenían alternativas en su respuesta a la degradación y los peligros de sus trabajos. Podían aceptar los salarios

relativamente altos y mantenerse en el empleo, dejar el trabajo de atomización, o tratar de defenderse a través del sindicato bananero.

Por lo menos en Costa Rica, relativamente pocos trabajadores parecen haber optado por el sindicalismo.<sup>77</sup> Resentimientos étnicos y regionales, estatus generacionales y desprecio por la naturaleza “poco varonil” de su trabajo, se interpusieron entre los pericos y cualquier sentimiento de solidaridad con aquellos trabajadores de “machete al cinto” en el núcleo del movimiento sindical. Los líderes sindicales, tras tempranas críticas sobre asuntos fundamentales, llegaron finalmente a tratar el programa de control de sigatoka casi enteramente como un activo táctico en su conflicto con la compañía. Nada ilustra mejor este punto que el cambio de actitud del sindicato, desde la condena de la atomización del bordelés como destructivo para la salud de los trabajadores a su aceptación táctica en la súplica de la UTG pidiendo la intervención del gobierno para detener la utilización por parte de la United Fruit de la atomización aérea, en 1958.

Sería anacrónico condenar al movimiento sindical por no haber confrontado el problema de la exposición de los trabajadores a los pesticidas de manera más directa. Como reflexionaba un militante de la era del bordelés casi cuatro décadas más tarde: “En realidad en aquellos días, no entendíamos bien esta clase de problemas.”<sup>78</sup> Es más, durante este período, los líderes sindicales se movían de crisis en crisis, sufriendo constantes persecuciones de parte de la compañía y el Estado. No se ganaron ni el reconocimiento formal, ni un contrato que les hubiera brindado un respiro y así poder construir un enfoque más visionario de los problemas que aquejaban a los trabajadores a quienes guiaban. Sin embargo puede ser valioso preguntarse qué se podría haber logrado, si mitigar los efectos de la mixtura bordolesa sobre la salud de los trabajadores hubiera sido un tema medular en la agenda del movimiento sindical.

En sus primeras protestas sobre los daños sufridos en la salud de los pericos, el movimiento laboral estaba

trayendo a debate un asunto con un potencial enorme de resonancia en la arena política costarricense. Como el historiador Steven Palmer ha afirmado, para los años de la década de 1920, la salud pública se había convertido en un elemento poderoso dentro del nacionalismo costarricense. En las décadas siguientes, el asunto de la salud pública convertiría al médico-político Dr. Ricardo Moreno Cañas en una especie de santo secular, y ayudó a llevar al Doctor Rafael Ángel Calderón Guardia a la presidencia de la República, donde fundó las instituciones del primer Estado benefactor de América Central. La asociación de las preocupaciones de la clase trabajadora con este proyecto de corte nacionalista de elevar la salud pública resultó en la creación de un sistema de compensaciones en la década de 1920 y la inclusión de regulaciones de salud ocupacional en el Código de Trabajo, de 1943.<sup>79</sup> Mucho más allá que en cualquier otro país donde la United Fruit operara, el Estado costarricense legitimaba su mandato a través de una posición paternalista e higienista.

En realidad, las intervenciones efectivas del Estado en salud ocupacional entre 1938 y 1962 resultaron ser sesgadas, irregulares y principalmente confinadas a las áreas urbanas del Valle Central. Pero sí abrieron un espacio para la lucha laboral en la zona bananera. El resultado de la huelga de 1953 en Palmar Sur (al igual que la concesión tentativa de máscaras en 1955) sugiere que era posible obtener logros más importantes en este ámbito que en arenas más tradicionales de las luchas laborales, como salarios y reconocimiento sindical. La huelga de 1953 resultó en solo modestos aumentos salariales, pero en sesiones mediatizadas por el Estado, la compañía concedió tratamiento médico gratuito en sus hospitales para las familias de los trabajadores de más bajo ingreso, referencia subsidiada a los hospitales nacionales para los trabajadores con tuberculosis, e incluyó a la fuerza laboral de sus plantaciones en el sistema de compensación de Costa Rica. Con la ratificación legislativa de esta medida (apodada la "Ley Juárez" en honor

de un huelguista que fue baleado por la guardia nacional), los bananeros se convirtieron en los primeros trabajadores agrícolas de Costa Rica en estar asegurados contra accidentes de trabajo.<sup>80</sup>

Tal vez no sea un salto demasiado grande, como para sugerir que el contexto político de las operaciones en Costa Rica de la United Fruit entre las décadas de 1940 y de 1950, aun incluyendo un movimiento laboral militante en las plantaciones y un Estado que ampliaba agresivamente su alcance en salud pública, ofrecía una oportunidad única para acertar la prioridad de la salud ocupacional en el control agrícola de pestes y enfermedades. El sindicato podría haber presionado a la United Fruit para que diera pasos específicos, tales como proveer respiradores mejores y más confortables que aquellos que habían probado, jornadas laborales más cortas en trabajos poco saludables como el de atomización, rotación de las cuadrillas para evitar exposiciones prolongadas, y rayos x obligatorios para aquellos trabajadores que trabajaban en la atomización. Algunas de estas medidas aparecían de tiempo en tiempo en las peticiones sindicales, pero generalmente eran dejadas de lado temprano en las negociaciones a favor de las demandas salariales y el reconocimiento sindical.<sup>81</sup> El naciente Estado benefactor costarricense bien podría haber sido que aprobara tal programa, especialmente si se enmarcaba dentro del discurso paternalista higienista estatal. Exitoso o no, un esfuerzo más concertado para proteger la salud de los trabajadores en uno de los primeros programas de pesticidas a gran escala en el hemisferio habría dejado un mayor legado para todos los trabajadores rurales, especialmente para la siguiente generación de bananeros que estarían expuestos a nuevos pesticidas que sería aún más tóxicos.<sup>82</sup>

Los líderes sindicales quienes nunca confrontaron eficazmente los costos humanos de la exposición a los pesticidas en la década de 1950 permanecieron lentos en su respuesta a las crisis de salud por pesticidas en las décadas de 1970 y 1980. Las prioridades de la dirigencia

del movimiento sindical de Costa Rica y del Partido Comunista con el que estaba aliado permanecieron sin cambios aun tras el resurgimiento del movimiento laboral en los años 1970.<sup>83</sup> Una represión implacable por parte de la Compañía se desarrolló tras la huelga de 1960, alegando su justificación en las pérdidas ocasionadas por la sigatoka. Los líderes sindicales cuyos lazos con los trabajadores de la periquera eran frágiles y algo oportunistas, pueden haber llegado a la conclusión de que los programas de pesticidas eran un asunto demasiado explosivo como para inmiscuirse en ello. A pesar de un poderío mucho mayor de los sindicatos en los años 1970, cuando finalmente logró asegurar sus derechos de negociación colectiva, el movimiento laboral hizo muy poco para tomar una posición contestataria ante la exposición de los trabajadores a un creciente conjunto de agroquímicos tóxicos en esa década. La respuesta sindical a los envenenamientos agudos y daños crónicos a la salud de miles de trabajadores que usaron nematicidas que contenían DBCP fue tardía e inefectiva.<sup>84</sup> El caso siguió hasta provocar un escándalo internacional. De manera abrumadora los líderes sindicales siguieron guiando el movimiento en las direcciones que habían establecido en una era anterior, luchando por las tarifas por tarea y el alojamiento, pero evidenciando muy poca preocupación por los asuntos de los pesticidas que ellos habían traído al debate y luego habían abandonado en la era del bordelés.<sup>85</sup>

## Conclusión

La verdadera historia de los pericos, del movimiento sindical y de la United Fruit Company no es una simple narrativa sobre capital corporativo imponiendo su voluntad a los trabajadores y al ambiente. Si los bananeros costarricenses no fueron héroes ambientalistas instintivos, tampoco fueron inevitablemente víctimas pasivas. Los sindicatos que hablaron en su nombre no

podían confrontar de manera efectiva, el impacto sobre el ambiente y la salud de la atomización del bordelés, pero sí lanzaron un temprano grito de alarma sobre los asuntos de pesticidas y fueron capaces por un tiempo de tornar el programa del control de la sigatoka en una ventaja para el movimiento laboral. Además de la presión del sindicato, los atomizadores, de manera individual, ayudaron a transformar las tecnologías del control de plagas de la United Fruit elevando el costo de su trabajo y rehusándose a quedarse un tiempo prolongado en el puesto. En su mayor parte, sin embargo, tanto los sindicatos como los trabajadores individuales enfrentaron el problema del abuso de los pesticidas de manera indirecta más que directa, por tanto no dejaron un legado sobre el cual pudieran ser construidas posteriores luchas laborales más conscientes. Las decisiones de los asalariados, sus capacidades tanto individuales como colectivas, sus escisiones y limitaciones fueron los agentes que dieron forma a este episodio de tan amplias dimensiones en la historia del uso de pesticidas. De la misma manera la suerte de los sindicatos bananeros de Costa Rica estaba íntimamente ligada a la historia del ambiente y de las enfermedades de los cultivos y la tecnología de pesticidas.

Los historiadores del medio ambiente a menudo han sido criticados por presentar una visión del capitalismo sin clase trabajadora y desde un enfoque centrado en los estragos del capitalismo sobre el paisaje, sin prestarle atención a los asalariados cuyas labores ejecutan los cambios que a menudo les afectan a su vez.<sup>86</sup> Los historiadores laborales, en contraste, aun aquellos que tratan con trabajadores agrícolas y extractores de recursos, rara vez incorporan el cambio ecológico en sus análisis de luchas sociales. Tampoco le prestan atención a las interacciones entre los trabajadores y el ambiente en el cual trabajan. La falta de atención sobre los trabajadores de pesticidas en la historiografía laboral de la industria bananera es un ejemplo relevante de tal negligencia. En otra parte he argumentado que en la industria bananera y el capitalismo agrícola, el cambio ambiental

y el cambio en el proceso laboral están inextricablemente enlazados el uno con el otro en el ámbito de la producción.<sup>87</sup> La evolución del programa de control de la sigatoka de la United Fruit sostiene ampliamente esta propuesta. Pero la experiencia de los pericos también demuestra que el enlazamiento entre la naturaleza y el trabajo puede hacer una diferencia en los movimientos laborales a nivel macro político o regional. Un análisis que integre las introspecciones de las historias laborales y ambientales podría contribuir mucho al estudio de sociedades como las de América Central, que dependen en gran medida de la producción agrícola de exportación.

First published in 2002 as "Pesticides, Parakeets, and Unions in the Costa Rican Banana Industry" by Steve Marquardt in *Latin American Research Review* Volume 37:2 (2002), pp. 3-36. Copyright ©2002 by the University of Texas Press. All rights reserved.

Traducción: Patricia Clare

## Notas

- \* Una versión anterior de este artículo fue presentada ante la *American Society for Environmental History* en Tacoma, Washington, 16-19 Marzo, 2000. El autor agradece el apoyo recibido del *Social Science Research Council* y el *Institute for International Education*. Un agradecimiento especial para Ana Luisa Cerdas Albertazzi por su invaluable guía en los archivos y la idiosincracia de la zona bananera.
- 1. "Protección para los trabajadores del veneno solicitan al Presidente de la República," *Trabajo* publicado en San José, 23 de mayo, 1942. No hay evidencia de que el Presidente Calderón Guardia haya respondido. Aunque *Trabajo* y sus sucesores *Adelante* y *Libertad* eran órganos de Vanguardia Popular, el partido comunista de Costa Rica, y eran por lo tanto voceros de la línea del partido, muchos de sus reportajes de la industria bananera consistían de reimpresiones literales de quejas, memorandum, y peticiones del movimiento sindical de la plantación (como en este caso). En casi todas las instancias en que

los artículos han podido ser verificados por medio de otras fuentes, han resultado ser razonablemente certeros (aunque comprensiblemente partidistas).

2. Aquí y a lo largo de este artículo, incluyo dentro de la definición de *pesticida* todos los químicos biocidas usados en agricultura: fungicidas, insecticidas, herbicidas y demás.
3. Frederick L. Wellman, *Tropical American Plant Disease, Neotropical Phytopathology Problems*, Metuchen, N.J.: Scarecrow, 1972, 335.
4. La mayoría de los estudios sobre pesticidas en América Central y México se originan en el fenómeno de pos guerra de la introducción del DDT, las demandas del “boom algodonero” de la década de 1950, la diseminación de las tecnologías agrícolas de la “revolución verde”, y programas de desarrollo regional inspirados en la guerra fría. Ver: Douglas R. Murria, *Cultivating Crisis: The Human Costs of Pesticides in Latin America*, Austin: University of Texas Press, 1994, p. 13-16; Robert Williams, *Export Agriculture and the Crisis in Central America*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1986, p 13-73; Susan C. Stonich, “I Am Destroying the Land!” *The Political Ecology of Poverty and Environmental Destruction in Honduras*, Boulder, Colo.: Westview, 1993. pp. 63-88, 123-59; Angus Wright, *The Death of Ramon González: The Modern Agricultural Dilemma* Austin: University Press, 199), p. 172-87; Daniel Faber, *Environment Under Fire: Imperialism and Ecological Crisis in Central America*, New York: Monthly Review Press, 1993, p.85-115. Laurie Ann Thrupp, en su excelente disertación, trata acerca del programa de control de la sigatoka de la United Fruit Co., y mi ensayo está en deuda con su investigación sobre los efectos de los residuos de los fungicidas en el suelo. Sin embargo, su trabajo no es un estudio histórico. Ver Thrupp, “The Political Ecology of Pesticide Use in Developing Countries: Dilemmas in the Banana Sector of Costa Rica”, Ph. D. diss, University of Sussex, U.K., 1998.
5. La literatura sobre la United Fruit Company es demasiado vasta para citarla aquí. Importantes estudios han sido publicados desde fines de la década de 1980 incluyendo: Mario R Argueta, *Historia de los sin historia. 1900–1948*, Tegucigalpa: Guaymuras, 1992; *El silencio quedó atrás: Testimonios de la huelga bananera de 1954*, editado por Marvin Barahona, Tegucigalpa: Guaymuras, 1994; Philippe Bourgois, *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*, Baltimore, Md. Johns Hopkins University Press, 1989); Aviva Chomsky, *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica*,

1870 –1940, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996; Paul J. Dosal, *Doing Business with the Dictators: A Political History of United Fruit in Guatemala, 1899- 1944* Wilmington, Del.: Scholarly Resources, 1993; Darío Euraque, *Reinterpreting the Banana Republic. Region and State in Honduras, 1870-1972*, Chapel Hill: University of North Carolina, 1996; y Mario Posas, “La plantación bananera en Centroamérica.(1870–1929)” en *Historia general de Centroamérica: Tomo IV, Las repúblicas agroexportadoras*, editada por Víctor Hugo Acuña Ortega, p.111 –66 Madrid; Comunidades Europeas, Sociedad Estatal Quinto Centenario, y FLACSO, 1993.

6. Para America Central como totalidad, ver los ensayos nacionales en: *Historia del movimiento obrero en América Latina 2*; Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, editado por Pablo González Casanova (México City: Siglo Veintiuno, 1985) Para estudios de historia política y laboral de Costa Rica con énfasis en los trabajadores bananeros, ver también Victor Hugo Acuña Ortega, *La huelga bananera de 1934* (San José: CENAP y CENPAS, 1984); John Patrick Bell, *Crisis in Costa Rica: The 1948 Revolution* (Austin: University of Texas Press, 1971); Carlos Abarca Vázquez, “El movimiento huelguístico en Costa Rica, 1950–1960” Tesis de Grado Universidad de Costa Rica, 1978; y Marielos Aguilar H., *Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica, 1943–1971* (San José: ICES, Porvenir, y FLACSO, 1989).
7. La nomenclatura científica para el patógeno puede ser un poco confusa porque fue cambiando conforme aumentaba la comprensión del ciclo de vida del organismo. Primero se describía como: *Cercospora musae* Zimm, cuando los investigadores pensaban que el hongo se trasmitía principalmente a través de cuerpos asexuales presentes en el agua llamados “conidia”, el patógeno fue renombrado *Mycosphaerella musicola* Leach cuando Leach descubrió que también podía ser transmitido de manera aérea a través del fruto sexual de ascosporas. Algunas veces todavía se utiliza el término original para referirse a la forma conidial. La discusión técnica sobre sigatoka más completa se encuentra en D. S. Meredith, *Banana Leaf Spot Disease (Sigatoka) Caused by Mycosphaella Musicola* Laech, *Phytopathological Papers* No. 11 Kew, U.K: Commonwealth Mycological Institute, 1970.
8. Claude W. Wardlaw, “The Banana in Cental America, II; The Control of Cercospora Leaf Disease, “*Nature* 147” No. 3.725 ; 22 Mar. 1941: pp. 344-48 Wardlaw no estaba empleado por la United Fruit. Sobre el progreso de la epidemia ver R. H. Stover y J. D. Dickson, “Banana Leaf Spot Caused by

- Mycosphaerella musicola* and *M. Fijienses* var *difformis*: Una comparación de las primeras epidemias centroamericanas: "FAO Plant Protection Bulletin 24, no. 2, 1976: p. 36-42 y Meredith, *Banana Leaf Spot Disease*, 5 En cuanto a la aparición de la Sigatoka en Golfito y Quepos ver: Esquivel al Ministro de Fomento, 23 Nov. 1941, Archivos Nacionales de Costa Rica (de aquí en adelante ANCR), Serie Fomento, 2.871.
9. Para una discusión del mal de Panamá y su impacto sobre la organización de la producción en la industria bananera, ver Steve Marquardt, "Green Havoc": Panamá Disease, Environmental Change and Labor Process in the Central American Banana Industry, "*American Historical Review*" 106, No.1, Feb. 2001: pp. 49-80.
  10. Para ver teorías acerca de la ruta desde el Pacífico Sur ver: R.H. Stover, "Intercontinental Spread of Banana Leaf Spot (*Mycosphaerella musicola* Leach)," *Tropical Agriculture* (Trinidad), 40, 1963: 327-38, 335; y Meredith, *Banana Leaf Spot Disease*, 73-74. Sobre la ubicuidad de los hongos en un bosque lluvioso de tierra baja centroamericano como al estudiado en este ensayo ver: G. F. Bills, "Abundance and Diversity of Microfungi in Leaf Litter of a Lowland Rain Forest in Costa Rica," *Mycologia* 86, No. 2, 1994: pp. 187-98. El trabajo clásico de Warren Dean también enfatiza la vulnerabilidad de las plantaciones tropicales de monocultivo hacia las epidemias. Ver Dean, *Brazil and the Struggle for Rubber: A Study in Environmental History* (New York: Cambridge University Press, 1987).
  11. Frank Ellis, *Las transnacionales del banano en Centroamérica* (San José: EDUCA, 1983), p. 58.
  12. Wardlaw, "Banana in Central America, p. 347; Jorge Umaña Anaya "Un ensayo con el fin de mejorar el control de la Sigatoka, realizado en la zona bananera, del Pacífico de Costa Rica, durante 1947," Tesis de Grado, Universidad de Costa Rica, San José, 1949, pp. 60-65, 90-93; Richard La Barge, "A study of United Fruit Company in Isthmian America, 1946-1956," Ph.D. diss. Duke University, 1960, pp., 81-82. También ver Clarence F. Jones y Paul C. Morrison "Evolution of the banana industry in Costa Rica", *Economic Geography* 28 # 1, 1952, 19, 14; y Stacy May y Galo Plaza, *The United Fruit Company in Latin America* Washington D.C. National Planning Association, 1958, p. 155. Referente al tamaño total de la fuerza laboral y las hectáreas en cultivo, las estimaciones aquí y en otras partes han sido derivadas de las invaluable tablas estadísticas de Ellis, *Transnacionales del Banano*, pp.400-421.

13. El término proceso laboral es utilizado aquí para abarcar la organización de la producción, las actividades laborales, las ocupaciones y también las divisiones sociales resultantes de esa organización.
14. La mayor parte de los finqueros costarricenses perdieron sus fincas por la sigatoka cuando la United Fruit monopolizó las importaciones de cobre durante la II Guerra Mundial. Después de la guerra la compañía desestimuló a nuevos productores independientes. Ver: "A lo largo de la vía" *Correo del Sur*, publicado en Golfito, 5 de junio 1945. Ver también Umaña, "Un ensayo" p.116; Y Ellis, *Transnacionales del banano*, p. 116.
15. "Banana Division: What Makes It Tick?" *Unifrutico*, agosto 1948, p. 7.
16. Charles Morrow Wilson *Empire in Green and Gold*, New York,: Henry Holt, 1947, p. 273. Ver también Wardlaw, "Banana in Central America", p. 348.
17. "Autobiografía de A. V. A.", *Autobiografías Campesinas: Guanacaste*, vol. 3, Heredia, Costa Rica; Escuela de Planificación y Promoción Social, Universidad Nacional, 1977. Los términos perico y periquera, son prácticamente universales en las *autobiografías campesinas* (Una recopilación de cientos de historias de vida recolectadas por los estudiantes universitarios costarricenses en los años de 1970). También en entrevistas con trabajadores antiguos de la era del bordelés lo mismo que en los recuentos contemporáneos de la prensa. Fuera del artículo de Wardlaw y la literatura de promoción UFCo no he encontrado más referencia al término *químico* para referirse a los trabajadores.
18. Umaña, "Un ensayo," p. 60; también Elías Alberto Rivas Lara y Ricardo Alberto Wilson al juzgado de trabajo, Golfito, 21 dic., 1954, "Petición de prestaciones" remesa 28, archivo 2800, Archivos Judiciales de Costa Rica, de aquí en adelante citado como R28, A2800, AJCR".
19. Rivas Lara al Juzgado de Trabajo de Golfito "Petición de prestaciones" 21 dic, 1954, R28, A2800, AJCR; trabajadores de finca 18 denuncian..." Adelante, 29 Nov. 1953; "Bajo la dirección de la FOBA... nuevas victorias de los trabajadores de Chirilanco" *Adelante*, 27 May. 1956.
20. Wardlaw "Banana in Central America" p. 348; y Umaña "Un ensayo" p. 112.

21. La caracterización de los capataces viene del poema "El Spray" por FanFan en *La Voz Popular* publicado en San José, 30 Nov. 1952. Sobre protestas por cuotas ver los siguientes artículos en *Adelante*: Cristóbal Solano Blanco, "Bananeros somos seres humanos y no bestias de carga", 25 Nov. 1956; "Brutales atropellos a los trabajadores de Puerto González", 23 de Dic. 1956 "Crece la lucha por mejores condiciones de vida y trabajo", 17 de Jun. 1956; "Miscelánea bananera", 3 Mar. 1957; y "Obreros del Spray en Km. 20 obligados a tareas inhumanas" 8 Dic. 1957. El porcentaje de supervisores se deriva de un promedio de las estadísticas de las cuadrillas de atomizadores y encargados más un supervisor para la Finca 1, en Palmar Sur, Costa Rica. Ver Umaña, "Un ensayo", p. 119.
  
22. Guido Sánchez et al. "Pliego de peticiones" 26 Jul. 1955 Conflicto colectivo Puerto González Víquez, Juzgado de Trabajo de Golfito, R1829, A884, AJCR, "Contra las llamadas preventivas en el trabajo de riesgo de caldo bordelés" *Adelante*, 13 Ene. 1957; y "*Los cipayos* provocan a los trabajadores" *Adelante*, 5 Feb. 1951
  
23. "Preocupa "AMC" por la salud de regadores de veneno" *Adelante*, Set. 4, 1954.
  
24. "Los trabajadores del spray", *Correo del Sur*, 1 agosto, 1945.
  
25. El índice de tuberculosis en Puntarenas (la provincia en la que se ubicaba la industria bananera) era el doble que la siguiente provincia más afectada. Ver Costa Rica, Ministerio de Salubridad Pública, "Morbilidad y mortalidad distribuida por provincias (con relación al domicilio): Quinquenio, 1941 -1945", *Memoria del Ministerio de Salubridad Pública*, San José, Imprenta Nacional, 1950, p. 219 y Costa Rica, Ministerio de Salubridad Pública, "Morbilidad y mortalidad por enfermedades infecto-contagiosas, año 1959", *Memoria del Ministerio de Salubridad Pública*, San José: Imprenta Nacional, 1959, p. 86. La agregación de los datos por provincia del Ministerio, minimiza el índice real de la zona bananera cuya extensión era mucho menor. Ver también la valiosa discusión sobre enfermedades respiratorias entre los trabajadores de la UFCo de Limón, Costa Rica en los años de la década de 1920 y principios de 1930 de Aviva Chomsky; "Plantation Society, Land and Labor on Costa Rica's Atlantic Coast, 1870-1940", Ph.D. diss., University of California, Berkeley, 1990, pp. 135-137, 150-200.
  
26. J.Cortéz Pimentel y Fernando Marqués, "Vineyard Sprayer's Lung: A New Occupational Disease, *Thorax* 24, No.6, 1969; pp.

678-688; T.G. Villar, "Vineyard Sprayer's Lung. Clinical Aspects," *American Review of Respiratory Disease* p. 110, No.5; 1974; p.545-55; y Paul J. Stark, "Vineyard Sparyer's Lung: A rare Occupational Disease", *Journal of the Canadian Association of Radilogists* 52; Setiembre 1981; pp. 183- 184.

27. Las estimaciones de los potencialmente afectados fueron extrapoladas del Cuadro "C", "Mano de obrea en la producción de banano: 1947-1976", en Ellis, *Transnacionales del banano*, p. 408. El debilitamiento del sistema respiratorio por la inhalación del bordelés puede haber predispuesto a los trabajadores a genuinas infecciones por el bacilo de la tuberculosis endémico en la zona bananera.
28. Ramón Amaya Amador, *Prisión verde*, Comayagüela, Honduras: Editorial Ramón Amaya Amador, 1993; originalmente publicado en 1949, pp. 71-72. Para Costa Rica ejemplos de la caracterización del trabajador sepulcral. Ver, Emilio Quintana, *Bananos: La vida de un peón en la Yunai*; San José: Farach, 1978, p.26 y José Meléndez Ibarra, "Comentarios de un viejo zonero", *Adelante*, 21 marzo, 1953. En ambos casos el escritor (un bananero que no había trabajado en el spray) es saludado por una atemorizante figura desconocida, pero llega a la realización de que es el mismo hombre que había conocido como un joven y robusto perico.
29. Las demandas laborales formales (*pliegos de peticiones*) de la huelga general de 1943 en la división de Quepos no han sobrevivido, y por la naturaleza clandestina de la organización en la huelga nacional de 1949, solo la demanda central de precios más bajos en los comisariatos se encuentra en los expedientes judiciales. Tampoco fueron presentadas demandas formales en el paro dirigido por organizadores anti-comunistas en el distrito Puerto González Víquez, en 1954. Sin embargo, los atomizadores estaban involucrados en cada una de las huelgas.
30. Sobre la huelga de 1953 ver Luis Fonseca Vindas y Luis y Manuel Venegas Castillo, "Pliego de peticiones", Conflicto Colectivo, Juzgado de Trabajo de Golfito, 26 de Agosto, 1953, R28, A32, AJCR. Sobre la huelga de 1955 ver "Pliego de peticiones", Conflicto Colectivo, Juzgado de Trabajo de Golfito, n.d. 1955; R1829, A884, AJCR; y "Es justa la huelga que se decretará en la Chirilanco", *Adelante*, 7, agosto, 1955. Sobre tensiones en la periquera antes de la huelga 1959-1960 ver "El sindicato de Puerto Cortés denuncia, *Adelante*, 22 Nov., 1959.
31. "Inspección ocular", "Calificación de un movimiento de huelga", Juzgado de Trabajo de Golfito, 6 setiembre, 1949; R1829, AJCR.

32. "Acta de inspección ocular", "Calificar un movimiento huelguístico en las fincas bananeras de Palmar Sur de Osa", "Juzgado de Trabajo de Puerto Cortés, 2 de junio 1953, R197, A469, AJCR.
33. Entrevista con Anselmo Matarrita Fonseca, dirigente sindical, 5 de noviembre 1996, Río Claro, C.R.
34. Entrevista con Jorge Conejo Peñaranda, 4 de noviembre, 1996, Río Claro, C.R.
35. Anselmo Matarrita Fonseca, "Protestan traslados en Puerto González Víquez", *Adelante*, 2 de marzo 1958; y Cristóbal Solano Blanco, "Rebaja de salarios hace la Compañía Bananera", *Adelante*, 20 de abril, 1958.
36. "Mantendrá la United Fruit Co. el personal indispensable para conservar y curar los banales" *La Hora*, publicado en San José, 3 de junio de 1942. La presencia de líderes sindicales entre los atomizadores que firmaron la protesta de 1942 dirigida al Presidente de Costa Rica citada al inicio de este artículo, habría sido poco probable tras las restricciones de la producción impuestas por la guerra. Ver: "Protección para los trabajadores del veneno solicitan al Presidente de la República", *Trabajo*, 23 de mayo, 1942.
37. Maurice Bostick, Herbertt Hamer, Arturo Sáenz Otárola y Elías A. Rivas Lara, "Re: Pliego de Peticiones suscrito el 26 de julio", Conflicto Colectivo, Juzgado de Trabajo de Golfito, 29 de julio 1955, R1829, A884, AJCR.
38. Wright, *Death of Ramón González*, pp. 55-56.
39. Entrevista con Graciano "Garapito" Moreno, antiguo perico, Ciudad Neily, C.R., 13 de abril, 1996. Los empleados hondureños de las plantaciones bananeras de Costa Rica habrían estado al tanto de las prácticas de la UFCo en sus divisiones en Honduras. Dos artículos escritos durante la II Guerra Mundial hacen referencia a la dotación de máscaras y anteojos a los trabajadores en Honduras: "Protección para los trabajadores del veneno solicitan al Presidente de la República", *Trabajo*, 23 de mayo 1942; y "Los trabajadores del spray", *Correo del Sur*, 1 de agosto, 1945. En fotos posteriores de la Compañía los pericos aparecen sin equipo protector.
40. Borgois, *Ethnicity at Work*, pp. 128-29, 146. Ver también en Plaza y May, quienes se refieren a los indígenas guaymies como "Indios dóciles...utilizados principalmente en el trabajo de atomización". Plaza y May, *United Fruti Company*, p. 206. No queda

claro si las divisiones sociales entre pericos y el resto de la fuerza de trabajo de las plantaciones bananeras en Honduras y Guatemala estaban tan definidas como en Panamá y Costa Rica.

41. La ciudad de Cartago fue la capital de Costa Rica bajo el régimen español y durante los primeros años de la República. El uso del término es casi universal en Guanacaste y en las zonas bananeras de Costa Rica. Ver Marc Edelman, *Lógica del Latifundio. The Large Estates of Northwestern Costa Rica since the late Nineteenth Century* (Stanford, California: Stanford University Press, 1992), p. 172; y Bourgois, *Ethnicity at Work*, pp. 197-198
42. V.S.S., "Autobiografía de V.S.S." *Autobiografías campesinas: Puntarenas*, vol. 30, sec.d (Heredia, C.R.: Escuela de Planificación y Promoción Social, Universidad Nacional, 1979.
43. Entrevista con Conejo Peñaranda.
44. De nueve antiguos pericos que narraron sus historias de vida al proyecto de *Autobiografías Campesinas*, seis fueron contratados en las cuadrillas de atomización como muchachitos sumamente jóvenes, que tomaban su primer trabajo en la zona bananera, mientras que del resto dos se unieron a la periquera de cuarenta años, edad considerada no apta para el trabajo de machete en el bananal o para cargar la manguera. (Los trabajadores mayores casi siempre eran atomizadores). Cuatro de los más jóvenes eran migrantes de la meseta central., al igual que uno de los trabajadores mayores. Ver también "Los trabajadores del spray" *Correo del Sur*, 1 de Agosto 1945.
45. "Combativa actitud de trabajadores de finca 3" *Adelante*, 20 de mayo 1956; y "Crece la lucha de los trabajadores bananeros..." *Adelante*, 17 de junio 1956. No es coincidencia que la esporádica hoja noticiera del movimiento sindical se titulara *La Rula*
46. Entrevista con Matarrita Fonseca.
47. Entrevista con Conejo Peñaranda.
48. Esta cifra se basa en una revisión de las acciones y los comunicados reportados por el periódico *Trabajo* y su sucesor *Adelante*, sumados a las protestas legales y peticiones que avanzaron lo suficiente como para llegar el Tribunal Superior de Trabajo y que sobrevivieron en los Archivos Judiciales de Costa Rica.
49. Entrevista con Conejo Peñaranda.

50. Umaña, "Un ensayo" p. 116; y Meredith, *Banana Leaf Spot*, p. 91.
51. Plaza y May, United Fruit Company, p. 202. Para el reconocimiento por parte de los trabajadores de la importancia estratégica del control de la sigatoka, ver: "Poderosas fuerzas exteriores presionan al gobierno" *Adelante*, 2 de octubre 1955. Ver también Amaya, *Prisión Verde*, p. 71.
52. "Inspección ocular: Declaración de Sutton Scotlock", "Calificación de un movimiento de huelga" Juzgado de Trabajo de Golfito, 6 de setiembre 1949, R.1829, A882, AJCR.
53. "En peligro cosecha de un año" *La Nación* San José, 4 de junio 1953.
54. "Poderosas fuerzas exteriores presionan al Gobierno", *Adelante*, 2 de octubre 1955.
55. Elías Alberto Rivas Lara y Mario Hernández Ureña, "Incitación a huelga ilegal y desorden, Domingo Rojas Villareal", Juzgado de Trabajo de Golfito, 11 de junio 1960, R197, A883, AJCR.
56. Elías Alberto Rivas Lara al Juzgado de Trabajo, 26 de febrero 1969; Ted A. Holcombe, "A nuestros trabajadores" volante 7 de junio 1969, ambos en Preaviso, Cesantía etc. Juzgado de Trabajo de Golfito, R. 198, A51, AJCR. Aunque los ataques contra el movimiento laboral bananero costarricense en esta época han sido frecuente y certeramente ligados al anticomunismo posterior a la Revolución Cubana, en este caso la organización que estaba siendo suprimida era Sitrasur, un sindicato anticomunista que entre sus partidarios contaba con el apoyo de AFL-CIO.
57. Entrevista con el lic. Álvaro Montero Vega, San José, Costa Rica, 7 de diciembre 1996.
58. "Autobiografía de L.Ch.A"., *Autobiografías campesinas: Puntarenas, XXIX*.
59. *Ibid.*
60. G. Wrigley, "Advances in the Use of Agricultural Chemicals in Tropical Agriculture", *Tropical Agriculture* (Trinidad) 38, No 4 (21 de Julio 1961): pp. 271-273 y "Autobiografía de R.A.E.C."
61. Joseph R. James, "Banana Savers", *Popular Aviation* (Diciembre 1938): pp. 51-52; ver también Patrick Butler, "Flying

Machines and Blowdown Machines”, en *Bananain Central America: True Stories of the Tropics*, editado por Clyde Stephens (Fort Meyers, Florida.: Press Printing, 1989), p. 9; y United Fruit Research Department, *Problems and Progress in Banana Disease Research* (Boston, Massachusetts: United Fruit Company Research Department, 1958), p. 11.

62. Umaña, “Un ensayo”, p. 135.
63. *Ibid.* pp. 127-28, pp. 131-32.
64. “Agriculture and Research”, *United Fruit Company Annual Report*, 1951, No. 52 (18 de febrero, 1952), p. 20 Un reporte más tardío especifica sobre los elementos insatisfactorios del programa de control de sigatoka: “Se están llevando a cabo constantemente investigaciones para desarrollar sistemas que permitan una reducción en mano de obra y materiales empleados en la atomización del compuesto bordolés”. Ver: “Agriculture and Research” *United Fruit Company Annual Report*, 1954, No.55 (15 de febrero 1955), p. 14.
65. “Agriculture and Research”, *United Fruit Company Annual Report*, 1956, No. 57 (15 feb.1957), p. 14. Sobre los constantes problemas de la atomización con torres, ver la Barge, “Study of United Fruit Company Operations”, pp. 66-67; y UFCo Research Dept. , *Problems and Progress*, p. 12. Sobre el uso en Coto ver: “La FOBA denuncia ofensiva de la United Fruit contra los regadores de veneno”, *Adelante*, 2 de setiembre 1956.
66. United Fruit Company, Research Dept., *Problems and Progress*, p. 12; y Meredith, *Banana Leaf Spot*, pp. 92-93.
67. Las cifras de cobertura se tomaron de: R.H. Stover y N.W. Simmonds, *Bananas*, 3 ed. (Essex, U.K.: Longman Scientific and Technical, 1987), pp. 296; y Umaña, “Un ensayo” p. 115.
68. José Meléndez Ibarra, “1800 trabajadores despedirá la United Fruit Company”, *Adelante*, 27 Oct. 1957.
69. *United Fruit Company Annual Report*, 1960, No. 61 (14 de febrero 1961), p. 5 y *United Fruit Company Annual Report*, 1959, No. 60 (n.d.), p.6.
70. Bajos Salarios, injusticias e intrigas”, *Adelante*, 26, julio 1959. La utilización de tarifas por tarea fue admitida implícitamente en las declaraciones de los abogados de la United Fruit en 1960. Ver Elías Alberto Rivas Lara y Mario Hernández Ureña,

*Adelante*, "Incitación a huelga ilegal y desorden", Domingo Rojas Villareal, "Juzgado de Trabajo de Golfito, 11 de junio 1960, R197, A883, AJCR.

71. "El sindicato de Puerto Cortés denuncia": *Adelante*, 22 noviembre 1959; José Meléndez Ibarra, "Denuncia a la United Fruit Company" *Adelante*, 29 de noviembre 1959; "La bananera exige trabajo inhumano" *Adelante*, 6 de diciembre 1959, Elías Alberto Rivas Lara y Mario Hernández Ureña, "Incitación a huelga ilegal y desorden, Domingo Rojas Villareal", Juzgado de Trabajo de Golfito, 11 de junio 1966, R197, A883, AJCR; y entrevista con Álvaro Ruiz, Ciudad Neily, 11 noviembre 1996.
72. *United Fruit Company Annual Report*, 1962, No. 63 (18 de febrero 1963), p. 6, Meredith, *Banana Leaf Spot*, pp. 97-100; y "Inspección Ocular" Conflicto Colectivo, Coto 44, Juzgado de Trabajo de Golfito, 13 de setiembre 1960, R.1829, A885, AJCR.
73. David Noble, "Social Choice in Machine Design: The Case of Automatically Controlled Machine Tools", in *Case Studies on the Labor Process*, edited por Andrew Zimbalist (New York: Monthly Review Press, 1979), pp. 18-50; Harry Braveman, *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century* (New York. Monthly Review Press, 1974).
74. Thrupp "Political Ecology", pp. 221-33; y Randy Ploetz, "The Most Important Disease of a Most Important Fruit", *APSnet: Plant pathology on line* (American Phytopathological Society, 1999), en <http://www.scisoc.org/feature/banana/Top.html>.
75. I.D. Firman, "Possible Side Effects of Fungicides on Banana and Coffee Diseases", *Nature*, p.225 (21 marzo 1970): p. 1161. No pareciera que se hayan efectuado investigaciones adicionales para comprobar la teoría de Firman, sin embargo hay consistencia entre esta y la literatura publicada sobre la historia de la epidemia. Ver Stover y Dickson, "Banana Leaf Spot"; y R.H.Stover, "Distribution and Probable Origin of *Mycosphaerella fijenses* in Southeast Asia", *Tropical Agriculture* (Trinidad) 55, No.1 (Jan.1978): pp. 65-68.
76. Álvaro Cordero y Gerardo F. Ramírez, "Acumulamiento de cobre en los suelos del Pacífico Sur de Costa Rica y sus efectos determinantes en la agricultura", *Agronomía Costarricense*, No.1 (1979): pp. 63-78. Los huertos franceses de uvas para vino, recibían en comparación del 15 al 50% de la mixtura bordolesa por hectárea de la que se aplicaba al banano anualmente. Ver Thrupp, "Political Ecology" pp. 257-274. Es posible que el

momento de las inundaciones y la naturaleza de estas (que por lo general habrían enriquecido el suelo) agudizaran el problema del cobre en la división de Golfito más que en otras zonas bananeras, que no han reportado el mismo grado de contaminación de cobre.

77. No hay estudios sobre el trabajo en las plantaciones bananeras que analicen el papel de las divisiones ocupacionales en las resistencias y reconciliaciones laborales, con la excepción parcial del estudio de Bourgois de la división de Bocas del Toro en Panamá, donde la producción bananera fue casi totalmente suspendida antes de la epidemia de la sigatoka y no se reanudó hasta después de la existencia del control aéreo por aspersión del hongo. Estudios comparativos de este aspecto de los movimientos huelguísticos a lo largo de las operaciones centroamericanas de la United Fruit ayudarían a confirmar las conclusiones alcanzadas aquí.
78. Entrevista con Matarrita Fonseca.
79. Steven Palmer, "The Social Clinic. Moral Policing, Popular Medicine, and Heroin Panic in Costa Rica, 1900-1940", 1996 manuscrito, pp. 244-45. Ver también Lynn Morgan, *Community Participation in Health: The Politics of Primary Primary Care in Costa Rica* (New York: Cambridge University Press, 1993), pp. 86-87; y Eugene D. Miller, *A Holy Alliance? The Church and the Left in Costa Rica, 1932-1948*. (Armonk, N.Y.M.E. Sharpe, 1996), pp. 68-72.
80. Pablo Chávez al Ministro de Trabajo, Conflicto Colectivo, Juzgado de Trabajo de Golfito. 1953, R1829, A832, AJCR; y Abarca Vásquez, "El movimiento huelguístico", pp. 164-165.
81. Para solicitudes de exámenes médicos regulares ver: "Protección para los trabajadores del veneno solicitan al Presidente de la República", *Trabajo*, 23 de mayo 1942. Se planteó una solicitud para laborar jornadas más cortas en los trabajos "pesados e insalubres", que pudo haber estado dirigida en beneficio de los trabajadores agrícolas en vez de las cuadrillas de atomizadores, sin embargo fue dejada de lado en los inicios de las negociaciones. Ver. "Pliego de peticiones", Conflicto Colectivo, Juzgado de Trabajo de Golfito, 14 de mayo 1953, R1829, A831, AJCR. Cualquier demanda de rotación de cuadrillas entre agricultura y atomización habría espantado al movimiento laboral en su parte medular. De hecho la demanda planteada a través del distrito de Quepos en 1951 insistía en lo opuesto: que se detuvieran las transferencias entre los dos departamentos. Ver Leonso

Hernández Hernández y Agustín Potón González, "Pliego de Peticiones", Conflicto Económico Social, Juzgado de Trabajo de Puerto Cortés, R197, A360, 27 de octubre 1951, AJCR.

82. La incidencia de envenenamientos agudos entre los trabajadores bananeros en la década de 1980 y 1990 sobrepasaba por mucho a todos los otros sectores agrícolas. Ver Jorge N. Jiménez Céspedes, *Plaguicidas y salud en las bananeras de Costa Rica* (San José: ASEPROLA, 1995), pp. 81-91 y Alfredo E. Vergara, "Agrochemical Injuries in Banana Plantations in Costa Rica: A Study of Neurobehavior and Other Health Effects", Ph.D. diss., University of Iowa, 1993.
83. Isaías Marchena Moraga dirigió el sindicato bananero de Golfito primero llamado Federación Obrera Bananera (FOBA), luego se le cambió de nombre al de Unión de Trabajadores de Golfito (UTG). Él dirigió el sindicato desde inicios de los 1950 hasta 1983, con dos interludios (1955-61 y 1979-81). El principal consejero legal, Alvaro Montero Vega, sirvió continuamente desde 1951 hasta inicios de los años 1980. Manuel Mora Valverde encabezaba el partido comunista Vanguardia Popular desde 1931 hasta su catastrófica división en 1983-1984. Otras figuras comunistas identificadas con el movimiento laboral bananero, como Arnoldo Ferreto, permanecieron de manera más o menos continua en la dirección del partido durante el mismo período.
84. Aunque algunos nematocidas con DBCP (dibromochloropropano) han sido usados desde inicios de los años 1960 y los trabajadores han experimentado agudas reacciones a ellos, la primera referencia al problema en la prensa laboral apareció en 1979, y describía la preocupación de los sindicalistas sobre el asunto como uno de "muchos meses". Ver: "Bananeros utilizan productos químicos que producen esterilidad" *Libertad*, 11 de enero 1979. Para un análisis del uso del DBCP en la industria bananera ver Thrupp, "Political Ecology". Sobre el escándalo internacional, ver Diana Jean Schemo, "U.S. Pesticide Kills Farm Worker's Hopes", *The New York Times*, 6 de diciembre 1995, p.A12 Ver también el juicio planteado por los trabajadores en las cortes norteamericanas contra los manufactureros y las compañías bananeras: Dow Chemical Company y Shell Oil Company v. Domingo Castro Alfaro, Corte Suprema de Justicia de Texas, 326, 1990. El fallo de la Corte Suprema de Justicia de Texas que se convirtió en punto de referencia para este caso, afirmó su jurisdicción y condujo a un arreglo sustancial con muchos de los trabajadores afectados.

85. Desde la derrota del sindicato bananero costarricense y su consiguiente desaparición en 1984, el abogado principal de 1950 a 1980, Álvaro Montero Vega y el último presidente del sindicato bananero del Pacífico, Antonio González han ayudado a organizar a los litigantes en el juicio contra las compañías de pesticidas en representación de los trabajadores bananeros. Entrevista con Montero Vega; entrevista con Antonio González, Ciudad Neily, C.R., 13 de diciembre de 1996.
86. Para una crítica de los estudios ambientales sobre estos lineamientos, ver Richard White, "Are you an Environmentalist or Do you You Work For a Living?" en *Uncommon Ground: Rethinking the Human Place in Nature*, editado por William Cronon (New York: W.W.Norton, 1995), pp. 171-185. Ver también la crítica en el número especial de *Antipode* dedicada al clásico de Historia Ambiental de William Cronon, *Nature's Metropolis*, especialmente los comentarios de Phillip Sanders y Sallie Marston. Ellos afirman que el ambiente de Cronon está "perturbadoramente vacío de la gente que hizo posible que la transformación se diera." Ver de "William Cronon's *Nature's Metropolis: A Symposium*," *Antipode*, 26, No .2 (abril 1994): p. 127.
87. Marquardt, "Green Havoc".